

la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



HERRIOT

De nuevo Edouard Herriot toma las riendas del Gobierno de Francia, que es un poco como dirigir el mundo. Europa y América, llenas de esperanzas en una labor de eficacia liberal y pacifista, vuelven sus ojos hacia el gran estadista y gran demócrata que es el señor Herriot, a quien LA CALLE saluda como a la figura internacional que mejor encarna los conceptos gloriosos de Paz y Libertad



la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cataluña, 9. :: Tel. 14.160

•••••

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

•••••

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

LA SEMANA POLITICA

LA TOTALIDAD DEL DICTAMEN DEL ESTATUTO DE CATALUÑA HA SIDO APROBADA

LA discusión de la totalidad del dictamen del Estatuto de Cataluña, ha continuado apasionando el ambiente político. Está siendo, este, un debate que va dando sorpresas a todos, incluso a los mismos que intervienen en él, pues parece que ha de seguir determinados derroteros, y, luego resulta que toma otros, completamente distintos.

Y sobre todo, lo que desconcierta más, y provoca las conjeturas más absurdas, son los comentarios y controversias, vivísimas y terminantes, que se producen alrededor del Estatuto, haciendo salir a las gentes de sus casillas.

Palabras, sin duda alguna, impremeditadas de una parte, y protestas y actitudes incomprensibles e ineficaces de la otra, llevan el asunto por caminos que no debieran recorrer, ni son los más adecuados para la normal y oportuna solución del famoso pleito de la autonomía de las regiones.

Con motivo de los discursos que iban a pronunciar los señores don José Ortega y Gasset y don Miguel Maura, se formó una atmósfera, un poco cargada, concediéndose a los mismos una importancia política tan extraordinaria, que se anunciaba como cosa cierta e indubitable, una inmediata crisis ministerial, a la terminación de tales parlamentos. Pero no se han desarrollado los acontecimientos, en consonancia con semejantes augurios. El señor Ortega y Gasset habló en la Cámara, y sus palabras, elocuentes y ponderadas, se contrajeron a lamentarse de la actitud, del ataque personal de que fué objeto por par-

te del señor Hurtado; a argumentar sobre el tema de la soberanía, expresando que «se dice exclusivamente que un Poder es soberano cuando es el Poder supremo y fundamental, del cual emanan todos los demás y que, por ser el primero, no nace a su vez de otro Poder anterior y previo, sino que nace de sí mismo, que es autógeno»; a disertar sobre la voluntad colectiva, el ideal de los federales y la teoría del pacto y a afirmar que nada de lo que decía, ni mucho menos lo que dijo en el discurso a que se le había contestado, permitía que nadie les presentara no a él ni a los que han coincidido con «su sentido más estrecho y próximo como enemigos de las aspiraciones catalanas, aunque oponiéndose al bilingüismo, que ha fracasado en Bélgica y en Checoslovaquia. Y habló luego el señor Maura, constituyendo su oración un ataque directo, y más directo aun contra el señor Carner, del que interesó la dimisión de su cargo de Ministro de Hacienda, con el pretexto de determinados detalles del dictamen del Estatuto de Cataluña.

Y ni el discurso del señor Ortega y Gasset, que no iba encaminado a ello, ni mucho menos — no vimos ningún extremo del mismo, que pudiera estar dirigido para originar crisis—; ni el discurso del señor Maura, a pesar de sus decididos ataques contra el Jefe

del Gobierno, tuvieron la fuerza y eficacia suficientes para obligar a discutir a los señores Carner y Azaña, y por lo tanto, para alterar la actual constitución ministerial.

Habló después don Melquíades Alvarez, que también impugnando el dictamen, haciendo girar su discurso alrededor del concepto de nacionalidad, consignando que «España es una nacionalidad por la maravilla de su idioma, por la unidad de raza, por el prestigio de su historia y si no se puede negar la nacionalidad española, no cabe lugar para reconocer la existencia de la nacionalidad catalana. Yo sostengo — dijo — que no se había realizado la unidad nacional y ya se manifiesta con verdadero ímpetu, hasta el punto de sobreponerse en la conciencia de los hombres por encima de los Consejos de los reinos y de las ambiciones de los reyes. En las crónicas de Alfonso el Sabio se habla ya de la unidad nacional, y ya al final del siglo XIII los poetas y gobernantes cantaban y aspiraban a la España de los cinco reinos.»

A los tres discursos en cuestión, contestó el Jefe del Gobierno señor Azaña, muy hábilmente y con argumentos que no podían refutarse, pues señaló la contradicción de las actuales palabras de don Melquíades Alvarez con el programa del partido reformista de 1918 que se inspiraba en

los principios de conceder la autonomía regional o municipal a las regiones que aspiraran a ella y presentaran a las Cortes el oportuno proyecto; hizo resaltar que los puntos de vista del señor Ortega y Gasset y los del Gobierno, estaban mucho más próximos de lo que a primera vista parece, no separándoles, de manera principal, más que la cuestión de

la Universidad, y manifestó, concretamente, al señor Maura, saliendo al paso de sus ataques personales que el problema del Estatuto de Cataluña, como el de ley Agraria, no se trata de un proyecto de ley socialista, ni radical socialista, sino de un proyecto de Gobierno, elaborado en el Consejo de Ministros, donde ningún partido puede decir que su programa está volcado.

Ha habido, luego, las rectificaciones de don Melquíades Alvarez y don Alejandro Lerroux, las dos muy interesantes, y unas palabras finales del señor Azaña, contestando a los citados oradores, y muy especialmente, al jefe del partido radical, respecto a la disposición de este partido en relación con el Gobierno.

Y cuando el señor Royo Villanova, mediante una proposición incidental, quería dar largas al asunto, pidiendo que volviera el dictamen a la Comisión para redactarlo nuevamente, fué desechada la misma por una enormidad de votos de mayoría quedando aprobada la totalidad.

Veremos, ahora, cómo se desarrollará la discusión del articulado. Por las trazas, no será muy activamente.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

NO hay figura de mujer, en el siglo XIX, más destacada, de más acusado perfil espiritual, de más alto relieve y de una tan deslumbrante aureola, como la gallega insigne y benemérita y santa laica Concepción Arenal.

Ninguna mujer llevó, antes que esta ilustre ferrolana, su apostolado de justicia, profundamente liberal y humano, al hospital y a la cárcel, lugares donde el dolor adquiere máxima intensidad. Ninguna, antes que esta mujer excepcionalmente sensible y piadosa y redentora, había recogido las amarguras, los desalientos, los estremecimientos y las lágrimas de enfermos y delincuentes, ni había llegado a la raíz de todos los dramas sordos, de todas las tragedias espantosas que engendra la Fatalidad.

Observad el rostro de esta dama augusta. Ese rictus de tristeza, de pesar hondo, de amargura infinita, es el reflejo fiel de todos los tatuajes del dolor. Esas pupilas un día serenas y luego como apagadas, como nubladas, son las que se fijaron en cuadros desgarradores. Esa frente ancha, sobre la que hundiéndose su arado el tiempo, es la que ensombrecieron las sombrías escenas de todos los lugares henchidos de angustia, de temor, de pesar, de aplamamiento, de asolamiento moral...

Heroica y sublime y turbadora mujer esta perfumada de santidad, que se internó, valerosa, en todos los antros de pesadilla, que irrumpió en todos los tabucos lóbregos y en los infectos mechinales, para dejar un poco de esperanza, de dulzura, de amor, en las almas ulceradas y en los corazones cancerados!

Ella animó al desvalido, prestó ayuda al infortunado, compadeció al delincuente y realizó, en fin, ante el enemigo maldito, ante la humanidad indiferente, lo mismo en aquel hospital de Miranda de Ebro, donde tantas heridas cerrara, que en las prisiones y en los penales, donde tan lamentables deformaciones corrigiera, obra fecunda y profunda.

Había en ella un tesoro inagotable de ternura, un caudal inapreciable de excelcitud, y prodigó por doquier consuelos, empenachando de optimismo vidas atormentadas y tronchadas por todos los huracanes de la Adversidad.

Desde aquella madrugada fría y lluviosa del 4 de febrero de 1853, en que latió por última vez el pulso de la hija de don Angel Arenal, no penetró un solo rayo de esa luz que tantas veces brillara en las negras mazmorras, ni en las salas umbrosas de los hospitales, ni en los calabozos horridos.

Al morir Concepción Arenal

De Concepción Arenal a Victoria Kent



Concepción Arenal

Victoria Kent

nal quedaron de nuevo amurallados de sombras los lugares donde el dolor es más acerbo.

Dos tercios de siglo transcurrieron.

El sol de la Libertad envolvió con sus llamaradas, en el glorioso 14 de Abril de 1931, a

esta España de la perenne tragedia bajo la codicia, la perversidad o la imbecilidad de Austrias y Borbones.

Y la República, tantos años anhelada, quiso que a los patios y a las galerías del mundo penitenciario, penetrase la dulzura y la ternura de una mujer de fina sensibilidad, de una mujer capaz de continuar la obra interrumpida de Concepción Arenal.

Esta mujer no podía ser otra que Victoria Kent, culta, prudente, juiciosa, reflexiva y activa; pero noble y generosa y sensible; pero apta para interpretar el dolor y las miserias humanas.

Y el corazón de Victoria Kent se estremeció ante el mundo de horror que contemplaban, asombrados, sus ojos. Presos alojados en inmundas pocilgas; reclusas sometidas a un tratamiento inhumano y embrutecedor; delincuentes de todo linaje a los que no se educaba ni casi alimentaba...

Conmovida, la Directora general de Prisiones se afanó por mejorar la situación de los que tuvieron la desgracia de delinquir. Redujo el número de cárceles, de 437 a 115; creó el Cuerpo de celadoras, procuró dignificar la condición moral del preso, mejorando su alimentación, intensificando su cultura y suprimiendo los «amarres en blanca», vestigio de un régimen penitenciario medieval. Llevó a la cárcel, en suma, el espíritu de Concepción Arenal, atendiendo en su desventura a cuantos expían un delito.

Victoria Kent, puso en el nobilísimo empeño de humanizar las cárceles, todo su fervor, toda su voluntad, firme, resuelta, y toda su fe y toda su ternura. Nada de antros fétidos ni de hediondas cochiqueras para el ser humano que haya delinquido. Luz, higiene y pan para el cuerpo y para el espíritu...

La noticia de la dimisión de la Directora general de Prisiones, ha sorprendido desagradablemente a todos los que ignoramos las causas de esta deserción del deber en quien jamás dejó el deber incumplido.

No sabemos sobre qué razones, acaso poderosísimas, funda la Kent su decisión. Pero sospechamos que, ausente de las cárceles el espíritu inmortal de la excelsa gallega, el régimen penitenciario en España, acaso vuelva a ser, como durante la monarquía, duro, rígido y férreo y no todo lo humano que debiera ser bajo el signo de la República.

De la República simbolizada en una mujer.

PEDRO NIMIO



PANORAMA INTERNACIONAL



DE todas las cuestiones de los diferentes Estados europeos, que hay actualmente sobre el tapete mundial, las más destacadas y que más atraen la atención del mundo son las relativas a la situación política de Francia y de Alemania.

Las elecciones generales francesas celebradas ahora hace un mes, cambiaron la fisonomía política del país, al otorgar una imponente mayoría parlamentaria a las izquierdas, especialmente a las fuerzas radicales socialistas capitaneadas por el señor Eduardo Herriot. Y como consecuencia de ello, apenas había sido elegido el nuevo Presidente de la República, el señor Paul Lebrun, el Gobierno del señor Tardieu resignaba al mismo el Poder, presentaba la dimisión del Ministerio, fundándola en que el cambio de mayoría le privaba de la libertad de acción necesaria para continuar al frente del Gobierno de la nación, con mayor motivo cuando las importantes negociaciones internacionales que se celebran en la actualidad exigen continuamente la adopción de decisiones que pueden, tal vez, comprometer el porvenir.

Constituido el nuevo Parlamento, le ha sido conferido el Poder al señor Herriot, quien, a las seis horas de recibir el encargo del Presidente de la República, tenía formado el Gobierno. En él no han entrado más que elementos republicanos. Los socialistas no han querido participar oficialmente en el Gobierno, o para expresarnos con más claridad, no han querido asumir la responsabilidad del Poder, aunque no regatearán su ayuda cuando el Gobierno los necesite, que es, precisamente, lo que debieran hacer los socialistas españoles.

El Gobierno del señor Herriot, según las propias palabras de éste, ha de realizar una labor que estará limitada por las circunstancias internacionales, especialmente por las Conferencias de Lausana y Ginebra, en el exterior, y en el orden interior por la normalidad financiera y el equilibrio del Presupuesto.

La situación política en Francia y en Alemania

El señor Herriot no pierde de vista lo que ocurre en Alemania, y, sobre todo, la actitud de Hitler y sus huestes, que no pueden infundir mucha confianza y menos una sensación de tranquilidad a los partidarios de la paz.

Los hitlerianos, después de la supresión de las tropas de asalto, han enfocado el centro de su organización y de su actividad hacia Dantzig, excitando la opinión contra Polonia y removiéndolo las discusiones acerca de las fronteras orientales. Y tal decisión de los hitlerianos ha dado por resultado que el ex presidente de Polonia, M. Paderewski, en un discurso pronunciado en Nueva York, contrarrestando la campaña insidiosa que hacen los alemanes en los Estados Unidos, haya calificado de hipócritas las reivindicaciones de Alemania en mate-

ria de desarme, su negativa al pago de las deudas y reparaciones y sus pretensiones respecto a la revisión de las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles, afirmando que el verdadero plan de Alemania es apoderarse de Dantzig y recuperar la cuenca minera de Alta Silesia, y diciendo concreta y terminantemente, que Polonia está dispuesta a defender sus derechos con todas sus fuerzas y por todos los medios.

Con estos antecedentes, y con la jugarreta que el mariscal Hindenburg le ha hecho al canciller Brüning, obligándole a que presentara la dimisión del Gabinete, hay motivo más que suficiente para no estar desprevenido con respecto a la actuación de Alemania. Y el señor Herriot está alerta, esperando el desenvolvimiento de los acontecimientos en aquella nación, pues el obli-

gar a declinar los poderes al señor Brüning ha agravado la situación germano-polaca con la probable preponderancia de los hitlerianos en el Gobierno del Reich.

La marcha del señor Brüning del Poder representa el triunfo de las derechas y los momentos no son los más a propósito para ello. Y no lo son porque las corrientes, en todos los países de Europa y América, se inclinan hacia el lado de la libertad y de la democracia, y la entrega del Gobierno de Alemania a Von Papen, una personalidad católica y nacionalista, monárquica y militarista, de quien se habló mucho cuando estuvo de agregado naval en Washington y con ocasión del hundimiento del «Lusitania», es todo lo contrario de la dirección que señalan las corrientes. Y si a esto se añade que el partido nacional socialista y los elementos que rodean a Von Papen observan y han observado una actitud hostil frente a Polonia y a Francia, puede considerarse acentuado el peligro a que antes me he referido.

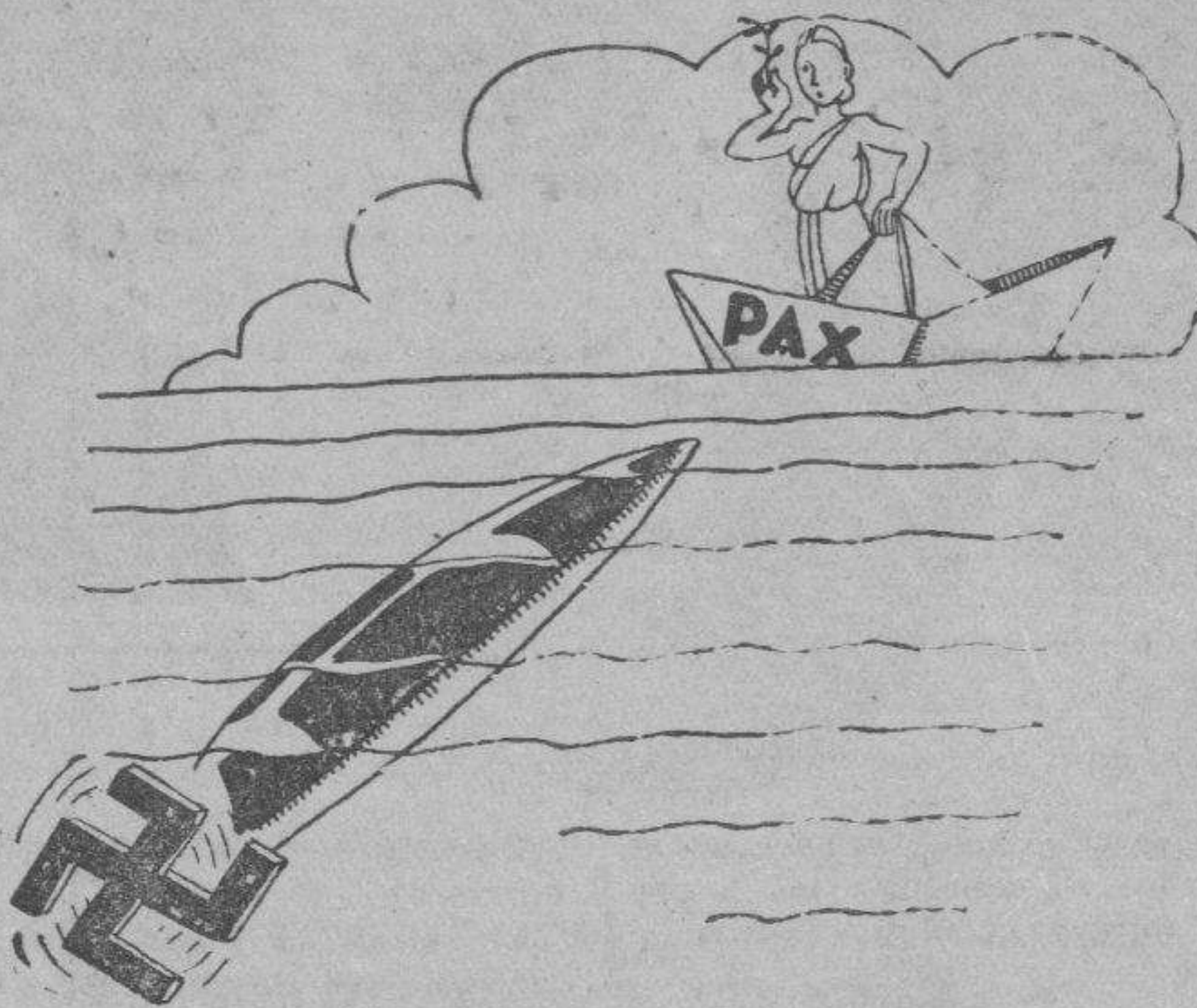
Por otra parte, el Reichstag será disuelto próximamente para ir a unas elecciones generales, y del resultado de ellas vendrá la orientación de la nueva política alemana. No es fácil aventurar lo que pasará en las elecciones, pero, desde luego, es seguro que Hitler y sus partidarios alcanzarán un número considerable de puestos. Si se tratara de un país verdaderamente democrático, lo lógico sería que una franca reacción de las fuerzas liberales acorralara al hitlerismo y a los demás elementos derechistas. Pero temo que no sucederá así.

Y ante tan duras perspectivas, serán pocas todas las precauciones políticas que tome el señor Herriot para impedir que Alemania se salga del camino de la paz, de la penetración y de la mutua inteligencia, en beneficio de la economía mundial y de la fraternidad entre todos los pueblos.

Carlos BERNAL

París y junio, 1932.

Inserte usted sus anuncios en
LA CALLE y hará negocio



UN TORPEDERO

DE VIERNES A VIERNES

DOS DISCURSOS Y UNA INTERVIU



PRIETO

DE los cuatro días parlamentarios que tiene la semana, sólo dos guardan interés, porque hasta ahora, a nadie le ha inquietado la discusión de la totalidad de la Reforma Agraria. Es este un fenómeno muy español. Nos pasamos la vida con el cuento de que nuestra patria es un país esencialmente agrícola; arde

el campo, maduro para la boñiga incendiaria, y al plantearse un problema que debía apasionar, nos aburrimos y esperamos el jueves para que los «ases» hablen del Estatuto de Cataluña. Y es que somos políticos antes que nada, nos gusta la política tanto como el buen café y el vicio nacional de todo español le lleva al Estatuto apartándole de otro problema.

La semana se abrió con una interrogante crisis. Después de pronunciado «el discurso grande» del señor Azaña, parecía que el sector socialista, al que aludimos frecuentemente, mostrábase, si no molesto, impaciente, por precisar sus pensamientos. Entonces el periodista quiso hablar con don Indalecio Prieto, uno de los cerebros más claros y seguros



MELQUIADES ALVAREZ, HABLANDO, Y ORTEGA Y GASSET, SENTADO

del Parlamento, sensibilidad política agudísima también, a la que el socialismo no ha logrado borrar a pesar de sus normas. Y Prieto, con esa gentileza que es flor de su brusquedad, con rara comprensión, rarísima en los hombres de gobierno temerosos siempre de la responsabilidad, pronunció ante el gacetillero que le escuchaba tras de su mesa, el discurso que las circunstancias le impedían lanzar desde los escaños rojos. Fielmente reproducido, fué entregado a todos los vientos y en los días de actividad parlamentaria, esas manifestaciones han sido base de todos los comentarios. Los oradores las han rozado, y así, el periodista, fué una vez más, diputado por derecho propio como en reciente banquete dijo el secretario primero de la Cámara, señor Vidarte. No importa que la información la hiciera este o aquel compañero, eso es igual, lo importante es que el ministro se la entregara a la Prensa.

Y de esta forma, Prieto ha sido la figura de la semana con las otras dos figuras indiscutibles. La de Lerroux, cada día más acusada y firme; y la de Azaña, cada momento más compleja.

Lerroux ha pronunciado en

pocas horas tres discursos, el último, en el Congreso, formidable. De una claridad, de una justeza de maravilla. Es el buen político encauzador que anuncia su oposición en términos que a nadie pueden parecerle sospechosos. Azaña le contestó y contestó a Melquíades Álvarez, sin entrar en otras contestaciones a distintos oradores. Azaña en la réplica rápida que no admite preparaciones, no es ese orador contundente de sus discursos meditados. Le falta quizá, la costumbre de repentizar en política; las ideas del adversario se le van y desliza a otros puntos como si su propio convencimiento le arrastrara. El



LERROUX



AZAÑA

EXALTACIONES

AUN, LA ESPAÑOLADA

—¿Al cine?

—Bien: vayamos al cine.

* * *

En efecto: ya estamos en nuestra butaca, más o menos cómodamente arrellenados; recibiendo en nuestra cabellera el polvillo —cárdeno— de esa lámpara roja que han colocado a sabiendas de que no habrá de servir para nada; para nada, porque al alcance de su haz no se sentará nunca nadie que, como nosotros, no venga al cine "por el cine".

Un poco de música lejana, no tan lejana por ser de ritmos de Haway, sino porque suena nadie sabe dónde, pero, desde luego, a lejanía; suena a lejanía, en realidad.

* * *

Y he aquí el noticiario:

Estados Unidos.—El buque almirante del Cuerpo de Bomberos, maniobrando, en prácticas de salvamento, ante otro buque incendiado.

París.—Una peluquería para niños. (Un desfile de cien cabecitas deliciosas; de cien caritas encantadoras—encantadoras todas ellas: unas por su sonrisa de niño a quien agrada que le corten el pelo; otras por su mohín malhumorado de niño a quien no le agrada que se lo corten—). Los pequeños no están en sillones americanos, como es natural; en esos sillones que parecen traídos de un quirófano; sino que, para ellos, el dueño de la peluquería infantil mandó construir unos sillones que tienen forma de caballos, de caballitos de cartón, que al nene no le harán antipático ese establecimiento, porque se parece a los jardines de niños, con automóviles mecánicos y caballitos de cartón.)

Londres.—Escuela de danzas clásicas. (Niñas—de seis, de cinco, de cuatro años—que interpretan por la música las anécdotas de la historia; pasajes de la Eneida, de la Odisea, de las Metamorfosis; reencarnaciones de Terpsícore, de Calipso y, también, de Salomé. Una, dos, tres civilizaciones, tres culturas, tres morales, plasmadas, trenzadas por los pies diminutos de las pequeñas, por el ondular de sus bracitos y, aun, por el encrespamiento de sus cabelleras...)

Berlín.—Las elecciones. Propaganda hitlerista. Hindenburg deposita su voto en las urnas.

Y, al fin, España.

España, en la pantalla, España en el noticiario; desde Hollywood o desde Joinville.

Al fondo, una casucha de un solo piso, con una puerta partida en dos; cerrada la mitad de abajo, abierta la mitad de arriba; con manchones de cal en ambos trozos de puerta.

discurso final de la semana mejoró el anterior, pero careció de la base ancha donde ha reposado otras veces con envidiable holgura.

Se ha desvanecido el temor de una crisis inminente, pero ahí queda para desarrollarla en su día. Las aristas no se han pulido y si continuamos el camino, es sabedores ya de que al revolver cierta esquina, todavía lejana, se ha de hacer un alto definitivo.

Mi semana la he cerrado con unas frases desconsoladoras.

Vienen en un despacho oficial y dicen tales cosas que yo mismo no me atrevo a publicarlas. Quiero suponerlas brotadas en un momento de agotamiento, en instantes de amargura... Se refieren a la región catalana y no es papel el del periodista de enredador de pasiones. Además, seguramente sería desmentido. Pero las guardo avizorando para advertir cualquier síntoma que las dé realidad.

Luis de ARMIÑAN

Dos ventanas, una a cada lado de la puerta; una cerca del tejado, pequeñita, pequeñita; sobre el alféizar, un tiesto; desde el tiesto, una enredadera que se desliza, pared abajo, hacia la calle. La otra ventana muy cerca del suelo, con unos hierros en cruz.

En la fachada de la casa, desconchaduras, grietas, pellas de barro.

Sobre la casa, unos restos de tejado; entre las tejas, hierbas parasitarias, latas, piedras; asomada a esta vegetación— a esta basura—una chimenea, también desconchada, también hendida, igualmente manchada de lodo.

Por un mecanismo, esta casa, con toda su miseria, con toda su sordidez, comienza a andar hacia atrás, a separarse de nosotros, los espectadores, a esfumarse, pero no se desvaha: Queda, más pequeñita aún, achicada a un empujón del perspectivista o del perspectivador.

Y ocupa el primer plano ahora...

(Perdón: me olvidaba. Todo esto tiene un epígrafe: "Escenas típicas españolas".)

Y ocupa el primer plano ahora, un corro de gentes sentadas en el suelo; de gentes: de "ellos" y "ellas".

Ellos: faces innobles, de cretinos las unas, de nietos de El Tempranillo, las otras; patinadas de flamenquismo, de flamenquismo clásico—de toros, de desplante, de blasfemia, de alhamares y bolero, redecilla y navaja en la liga—, todas.

Y "ellas": Eso, sí: hermosas, con hermosura, no de raza, sino de racismo (que no es igual), con esa hermosura áspera e insolente que haría a España perder todos los concursos de delicadeza, de gracia, de armonía ductil; es decir: de lo que "es" belleza; no de lo que "llaman" belleza.

Ataviadas... (¡Oh, oh, qué grotesco ese ramo de flores, sin clavar, en la "coca" gitana, que parece un arbolillo zarandeado por los cuatro vientos.) Y volantes. Esos volantes que ya no "vuelan" ni en Sevilla, a no ser cuando tocan a desenterrar el museo del traje.

(Piensa uno, sin querer, en Mustafá Kemal. Pero, por fortuna, no; no hace falta. Porque eso no es España.)

Entre tanto, se anima el cuadro. Un bordoneo de guitarras y un tableteo de palillos. Unas vueltas, unos "olés". Y la casucha se aleja más, buscando la lontananza, después, la penumbra, después... parece como si se hubiera ido al otro lado del mar (¿a Hollywood?). Y tras la casucha, las gentes, las genticillas, se alejan también, se van y se "disuelven". El noticiario dice una frase de despedida.

Y las bujías blancas anulan a la bujía roja que nos teñía el cabello de polvillo cárdeno.

* * *

Bien. Pero, ¿por qué?

¿Porqué los Estados Unidos nos han enviado desde el noticiario las cosas suyas, actuales, de hoy, lo mismo que Berlín, lo mismo que París, lo mismo que Londres, y no nos devuelven las cosas de España, de esta España nuestra, que bendecimos (porque va al compás de los tiempos—pese a todos los exportadores de españoladas—) y nos traen, en cambio, lo que no se han llevado de aquí, sino lo que han arrancado de una historia escrita por un rey desocupado, escrita con un estoque sobre un redondej de arena?

¿Porqué?...

FEIJOO Y TORRES

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

INTERPRETACIONES

DE LA CONDICION DEL ESCRITOR

HENRI Barbusse ha dedicado un estudio a Emile Zola. Nadie mejor podía hacerlo en Francia, en la Francia snob de Cocteau y de Maritain; en la Francia donde Mauricio de Waleffe organiza concursos de belleza y cultiva un catolicismo de buen tono.

El estudio de Barbusse, lleno de fervor y de inteligencia, es una cosa magnífica. Bien lo merecía Zola, el primer escritor proletario, el precursor. La obra de Zola, olvidada hoy injustamente por los metesos que privan en literatura, fué duramente combatida y recusada, como la de Dostoiewski, por hallarse por debajo del nivel de la crítica de arte. Dostoiewski es más tenebroso que Zola, más torturado. Pero, como Zola, se rebela contra la injusticia, contra la vileza, y en su obra hay gritos como el que pone en boca de Juan Karamazoff: "¿Puede admitirse la armonía universal ante las lágrimas de un solo niño martirizado?"

Ante la obra magnífica, formidable, de Zola, de Dostoiewski, menospreciados y perseguidos en vida y glorificados después de su muerte—cuando ya no eran un obstáculo para los mercaderes de la literatura—, recordemos los versos del poeta Necrasoff, que pueden aplicarse a todos los grandes escritores que no supieron mentir:

"Escritores, hermanos míos, en vuestro destino hay algo fatal."

EL LEON DAUDET DE AYER Y EL DE HOY

En el plan de "Las tres ciudades"—Roma, París, Lourdes—, Emile Zola había escrito: "La iglesia, el cuartel, la propiedad... Sin destruirlas, la República no podrá existir... No hay salvación más que en el pueblo... La próxima Revolución no habrá que hacerla sangrienta".

No debe extrañarnos que Zola, un escritor revolucionario, un verdadero "amigo del pueblo", se exprese así.

Pero nos llenan de pasmo, de asombro, las palabras de León Daudet, el monárquico clerical de hoy, el energémeno de "L'Action Française", escritas en la misma época de "Las tres ciudades", de Zola: "Pensar que el sacerdote ha brotado de la necesidad de mentir, el soldado de la necesidad de matar y el juez de la necesidad de robar...!, y lo más terrible es que sobre cada uno de estos tres estercoles han brotado algunas flores de heroísmo que perpetúan su infancia: el mártir, el héroe y el árbitro, son citados por todos nuestros sofistas como las pruebas de nuestra excelente moral. Yo pido el fuego para la iglesia, la ciudadela y el pretorio".

Indudablemente, hay un León Daudet desconocido de los amigos de "L'Action Française" monárquica y clerical.

HENRI BARBUSSE

Malos tiempos, los de hoy, para la burguesía. Se acabó el snobismo, se acabó la literatura del buen tono. Romain Rolland, Bernard Shaw, Steinrich Mann, Glaesser, Harrison Yale, John Dos Passos, Upton Sinclair, Michael Gold, se colocan decididamente al lado del pueblo y contra el imperialismo, que ve llegar su última hora. Y con ellos Henri Barbusse. Falta, únicamente, la voz de Italia. Pero Italia enmudece por la zarpa innoble del fascismo.

He aquí unas palabras de Barbusse, de una terrible elocuencia, que transcribimos del estudio que ha dedicado a Emile Zola: "Si la Revolución futura fuese sangrienta, sería responsable la burguesía, pues sólo será sangrienta en la medida en que ésta quiera mantener por la violencia privilegios inicuos y muchos más sangrientos de lo que nunca pudiera serlo su derrota definitiva".

Es un aviso, un aviso a los incautos.

Y otro aviso, éste dirigido al escritor: "Ir a la multitud. Ir y no llamarla a uno. (En este sentido ya no hay nada que hacer: la aristocracia intelectual, la carta de los escritores está abolida definitivamente por las insurrecciones del realismo, y sólo quedan técnicos.) Ir a ella, no como se iría un domingo a ver las fieras enjauladas de un jardín zoo-

lógico y divertirse ofreciéndolas una piltrafa en la punta de un bastón; no para descansar de un snobismo que pasó de moda, ni para pescar frescos elementos de pintoresquismo en la miseria y la grandeza de las turbas oprimidas. Ir sin trapacerías de abogado o de clérigo, y no tratar, una vez más, de atar con guirnalda de palabras el amplio rebaño pensante preparado a romper sus cadenas. Ir plenamente a ella para engrandecerse con ella".

He aquí la misión del auténtico escritor proletario.

EL DOCTOR ALBIÑANA

Un salto. Un salto enorme, ¿verdad? De Barbusse al doctor Albiñana. Hay que descender de las alturas al lodazal.

Al monárquico Albiñana, creador de legionarios defensores del rey presidiable, lo metió la República en la cárcel. Muy bien atendido, eso sí; con todas las atenciones y toda la cortesía que la República tiene para con los monárquicos. La estancia en la cárcel le sirvió a Albiñana para escribir un libro contra la República, lleno de injurias y procacidades. Así correspondía a la tolerancia, a la benevolencia. Así paga el diablo: el pobre diablo de Albiñana, el pobre diablo que hay siempre en el corifeo de todos los dictadores.

Al salir de la cárcel—de donde no debió salir—, el cabezota de Albiñana vuelve a las andadas. Por lo visto, el doctor es consecuente. Y la República, siempre benigna y suave, le impone una multa de unas pesetas y lo destierra a Las Hurdes.

Nos parece poco castigo para Albiñana. Y un castigo excesivo y atroz para los hurdanos obligándoles a vivir con semejante salvaje.

Afortunadamente, don Melquíades Alvarez—a quien Albiñana, con más derecho que nadie, podía llamar "el amigo Melquíades"—ya se ha interesado para que la República mande a ese enemigo de la República a un clima menos insalubre que el de Las Hurdes.

Luis CAPDEVILA

CUENCA REIVINDICADA



CUENCA está de enhorabuena. Nuevos sellos de correo reproducen una vista de sus célebres "casas colgadas".

Ha sido necesaria la implantación de la República; nada menos que un cambio de régimen, para reivindicar el derecho de la "ciudad fantástica" a que se la considere como una de las de más bellas y curiosas perspectivas, entre tantas interesantes como existen en España.

A la ciudad castellana, en aquel ambiente cursi y con aquel criterio centralista que daba la tónica a "la Corte", se le había extendido la credencial de población pintiparada para escenario grotesco de escenas ridículas entre personajes incoloros y pretenciosos...

Así irradiaba la fama de Cuenca, la patria de Fray Luis de León, desde Madrid a provincias, "manufacturada" por los Muñoz Seca, los Paso, los García Alvarez y los Arniches.

Esto no obsta para que el contingente turístico extranjero fuese a Cuenca, mientras el nacional, el que podía disponer de automóvil, convertía en lugar de peregrinación y admiración el cerro de los Angeles, que, creencias aparte, no deja de ser un montón de polvo de silueta ramplona, seco como un bizcocho y árido como un ladrillo, sobre el que se ha levantado un monumento, que es una "birria" artísticamente considerado, al Corazón de Jesús.

EL LICENCIADO PARDILLO

DEL CAPITOLIO A LA ROCA TARPEA

EL OCASO DE LOS DIOS CAPITALISTAS

DESDE el Capitolio hasta la roca Tárpea, el camino no parece muy largo.

No pocos ex favoritos de la Fortuna tuvieron que pasar por este camino. Su lista se alarga a diario. Baste nombrar a Stinnes, cuya poderosa empresa metalúrgica en Alemania resultó un castillo, construido en el aire; a los reyes de la industria textil alemana, hermanos Lahusen, que tuvieron que reconocer su quiebra; al gran Junkers con su grandiosa empresa de máquinas volantes; a Ivar Kreuger, quien suicidó después de haber cometido un sinnúmero de fraudes y haber arruinado a centenares de miles de gentes; a los directores del poderoso «Insulh Concern», en el cual estaban concentradas todas las empresas eléctricas de los Estados Unidos...

Cada semana nos trae el telégrafo noticias acerca de nuevas quiebras. Ahora, llega la vez al rey de nafta, sir Enrique Deterding.

Era uno de los dioses del Olimpo capitalista. Las empresas, por él dirigidas, poseían una fuerza poco menos que ilimitada. Parecía una fortaleza que se burla de todas las intemperias políticas y económicas.

¡Ay! También esta ciudadela amenaza desplomarse.

* *

La carrera de Deterding es poco menos que fantástica.

Nacido en la pequeña ciudad holandesa de Delft, empezó como escribiente en una oficina, luego se fué a la isla de Sava, y allí, en la capital Batavia, por vez primera aprendió la existencia de nafta: precisamente en esta capital actuaba «Royal Dutch», una gran empresa de nafta, a la sazón poco conocida en el mundo.

Poco a poco, subiendo de uno a otro peldaño de la escala social, ocupó un puesto de importancia en la empresa mencionada. A los treinta años de edad ya era director de «Royal Dutch». A los pocos años monopolizó los pozos de nafta en las Indias, en el Tíbet, en China. Soñaba con la dominación del mercado universal de nafta, tomaco en un factor importante de la industria. El nacimiento del automóvil le abría nuevas perspectivas, puesto que los automóviles, igual

El trono de nafta vacila. - La carrera fantástica de Deterding. - Triunfos y fracasos

que muchas máquinas y motores, necesitan esencia mineral, como es la nafta purificada. Deterding era uno de los primeros que había adivinado la importancia, siempre creciente, de la nafta y procuraba monopolizar su producción.

No era cosa fácil. Tenía rivales. En Persia, por ejemplo, que posee pozos inagotables de nafta, ya existía una empresa poderosa que la explotaba: la llamada «Anglo-Persian Company». Deterding le propuso la fusión, pero su proposición fue rechazada. Entonces, Deterding decidió sacrificar unos millones para obligar a este rival a capitular: bajó considerablemente el precio de la nafta. «Anglo-Persian», después de sufrir considerables pérdidas, no tuvo más remedio que deponer las armas. Y la fusión se realizó.

Unos años más tarde, Deterding (a quien el rey de Inglaterra ya otorgó el título «sire» —«por los méritos a la industria británica») consiguió la fusión con otra conocida empresa de nafta, llamada «Shell». Pero a pesar de eso, su gran

sueño no estaba todavía realizado: no poseía el monopolio mundial de nafta.

Porque tenía un rival poderoso y peligroso en los Estados Unidos: mister John Rockefeller, quien también había hecho una carrera fantástica. La empresa, encabezada por el viejo multimillonario yanqui, monopolizó toda la producción de la nafta en el Canadá, en el Brasil, en México y Chile; o sea, en todo el Nuevo Mundo. «Standard-Oil» era más poderosa aún que «Royal Dutch», «Stell» y «Anglo-Persian» juntos. Además, Rockefeller ejercía mucha influencia en los grandes bancos americanos que obedecían ciegamente sus órdenes. Era un rival con una poderosa coraza de oro.

La lucha entre el rey de nafta europeo y el americano duró largos años, y terminó con la fusión de las dos empresas, para grave daño de los consumidores, puesto que inmediatamente subieron los precios de nafta.

* *

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELÉFONO 90118

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de «LA CALLE» para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de «LA CALLE», Plaza de Cataluña, 9 2.º, 2.º.
Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos.

Desde el otoño de 1917, sir Deterding luchaba encarnizadamente contra los bolcheviques. Ya antes de la guerra mundial era dueño de los pozos de nafta en el Cáucaso, en los Urales en las orillas del Mar Negro y del Mar Caspio. Pero los bolcheviques, al llegar al poder, proclamaron la nacionalización de todos los bienes y declararon nulos todos los contratos. Deterding perdió sus pozos de nafta rusa.

Furioso, declaró la guerra a la Rusia soviética. Sin descanso organizaba conferencias secretas en París y Londres, en Nueva-York y Tokio, con objeto de fomentar la intervención militar contra Rusia. Subvencionaba numerosos periódicos, compraba conciencias, negociaba con los ex generales y demás emigrados políticos rusos.

Esta compañía le costó muchos millones, pero todos sus esfuerzos y gastos resultaron estériles: aún los políticos europeos más batalladores, como Churchill en Inglaterra o Loucheur en Francia, se dieron cuenta de lo absurdo y peligroso de una intervención armada en los asuntos rusos.

Deterding no tuvo más remedio que entablar con los bolcheviques negociaciones de paz. Y, según parece, la paz fué firmada. Por lo menos, la nafta rusa empezó a atravesar el Mar Negro y el Mediterráneo en buques, pertenecientes a «Royal Dutch».

* *

Hace muy poco, sir Enrique Deterding era uno de los potentados del Olimpo capitalista. Igual que Morgan, Rockefeller, Ford, Ivar Kreuger, constituía una piedra angular del orden social existente. Ahora, su trono de nafta vacila. El pánico se apodera de los detentadores de las acciones de sus empresas. Muchos miles de gentes están amenazadas con la ruina.

Sir Deterding sigue el camino de otros muchos magnates del capital que no pudieron mantenerse en las alturas. Dentro de poco será un hombre acabado. El grandioso edificio, por él construido, se desploma como una casa de naipes.

Es el ocaso de los dioses.

¿A quién de entre ellos llega la vez ahora?...

N. TASSIN

Viena y junio.

Escarceo parlamentario EL SERENO IMPERIO DE LA LEY

TERMINADO el debate de totalidad acerca del Estatuto, los contendientes, puestas en alto sus cortadoras espadas, quédanse en sus anteriores posiciones; dispuestos los unos a hendir y tajar el articulado del proyecto de la Comisión, y otros, entre ellos el jefe del Gobierno, a parar las estocadas de fondo y a desviar los golpes de mandobles que descarguen sobre el Ministerio y el Estatuto las personalidades que han iniciado la ofensiva.

En el choque de armas de ese escarceo político saltaron chispas, que, como las del concepto de soberanía, emitido por el señor Ortega y Gasset, deslumbraron la visión mental de la Cámara, haciéndola plegar los párpados a la evidencia.

Erguido y duro en la intención y con acertado tajo, desvió el genial filósofo las impropias estocadas, que por fuera de lógica y a ras de tierra, le tirase, a fin de herirle, el señor Hurtado.

Melífluo, cual diplomático florentino, al modo de los hombres de la pretérita República de Florencia, don Alejandro Lerroux, en su rectificación, empleó el arma propia de aquellos tiempos, avanzando después paso a paso, con acertada cautela, hasta encontrarse en un cuerpo a cuerpo con el caudillo de las huestes ministeriales.

El señor Azaña fué tocado tres veces en el juego de esgrima por el jefe de los radicales y dos veces por el señor Maura, en las contumaces interrupciones que le hiciera al presidente del Consejo, al resumir éste su anterior discurso sobre la totalidad, en réplica a las rectificaciones de los esgrimidores políticos adversarios.

El Gobierno salió quebrantado del escarceo. Azaña empleó la táctica, en los últimos párrafos de su discurso, de ahincar los talones sobre el terreno de las Cortes para, en ellas, afianzarse y sostenerse enhiesto, no sin antes, en una equívoca postura, dirigir al pecho de los radicales la estocada de que las fuerzas que él acaudilla no habrán de prestar aquiescencia y apoyo a ese partido si alcanzara en los momentos actuales la gobernación del Estado.

Por el resumen de los hechos que anteceden, expuestos por nosotros con ecuánime imparcialidad, ya que no somos juicio mercenario ni pluma movediza, como cometa al viento, se desprende y sintetiza que el Estatuto saldrá aprobado de las Cortes, mas sin que se llegue a conseguir la unificación de criterios que la concordia solicita en bien de España y de Cataluña.

Específicamente, todos los hombres políticos, al enfrentarse con este viejo pleito de las autonomías regionales, manifiestan aceptarle; pero al hojear cada uno de estos hombres los folios en que se expresan los caracteres y derechos de las autonomías, surgen las discrepancias, igual en tiempos de la monarquía que de la República.

Y todo ello proviene de que no se ha caído en la cuenta o no ha querido reconocerse que la base, el cimiento, la raíz de las autonomías arranca de la autonomía municipal (secuela natural y jurídica del derecho de la autonomía individual); y al no aceptarse la primera, como núcleo social primario, mal se puede construir un régimen regional libre, independiente, dentro de su propia órbita y jurisdicción estatal. Adolecerá del defecto de origen centralista, el cual, por ir de arriba abajo, tiende a absorber las funciones privativas de la célula social municipio.

Además, la característica de España, en épocas anteriores a la unidad político-administrativa, etc., del Estado, nos muestra, según la historia, la diversidad de núcleos orgánicos independientes, propiamente autónomos, en toda la extensión del vocablo, con derechos, obligaciones y deberes inherentes a cada uno de esos núcleos, llámense reinos, principados, condados o califatos, o como quiera que en los anales históricos se denominen.

La diversificación étnica existió desde los primeros pobladores de la península y aún subsiste con escasa variación de matices.

La fusión no se ha logrado; ello es evidente, y al no haberse logrado en el transcurso de los siglos, lo único que a nuestro entender procede es ver el modo de conseguir una aparente unidad que unifique intereses; pero dejando a ca-

MIENTRAS los inofensivos plumíferos dedicamos nuestro tiempo a divagar acerca del magno problema social, no falta quien, encerrado en el laboratorio, se consagra con ardor a fabricar bombas. Por eso, siguiendo la costumbre ineterada, voy a dedicar las horas de esta tarde del domingo—domingo de bullangüería revolucionaria—a la serena contemplación del fenómeno que nos circunda.

La perturbación es un caso de ira social. La violencia y el asesinato son casos del mismo género. Hay, sin duda, contra la República, agravios de monárquicos; obreros descontentos porque las clases sociales siguen viviendo en la disparidad. Pero, ¿pueden alegar los primeros algún derecho? ¿No abusan los segundos de sus pretensiones?

La violencia estalla en la calle porque en la retorta de los químicos que laboran por la vuelta de la monarquía, el triunfo del comunismo o bien del anarcosindicalismo, intervienen elementos de odio contra la República.

Ni unos ni otros tienen razón. Unos por arcaicos, otros por demasiado prematuros, merecen la condenación unánime de España.

La necia y torpe candidez de los que se esfuerzan en resucitar una forma de gobierno cuya extinción está inexorablemente decretada y no tiene remedio, supone no sólo falta de decoro político, sino, lo que es más gra-

ve, de instinto de conservación.

En cuanto a las masas proletarias, hay que admitir en su descargo que tienen hambre, aunque sean otros los estímulos que las mueven: el doctrinarismo y el odio. Hambre, odio y doctrinarismo, todo ello mezclado y agitado, más agitado que bien mezclado, viene a ofrecer la característica externa del ideal comunista o sindicalista, pero si se descompone la pócima, más que ideal hay esas tres incitaciones que dejan su sedimento en el vaso.

Importa, sin embargo, no condenar al Sindicato Único, que encarna un fondo de justicia como Sindicato de los humildes que brotó para limitar los abusos del Poder. La C. N. T., por sí misma, no es una cosa perseguible ni punible. Lo son únicamente algunos de sus apóstoles y corifeos que la utilizan para crear conflictos a la República y cohibir la ciudadanía.

Contra el atropello, contra la violencia, contra el salvajismo de monárquicos y hordas revolucionarias, a los que tiene sin cuidado la prosperidad de una economía nacional que puede ser en este instante salvadora y quizá definitiva, no hay sino el sereno imperio de la ley, con su austero y punitivo ministerio, con la intervención de la Guardia civil y de los guardias de Asalto, con las ametralladoras, con lo que sea.

Enrique JAVEGA

da grupo étnico la libertad de sus modalidades y el desarrollo de su desenvolvimiento.

Ir contra la formación biológica de la naturaleza es un fracaso cual el que obtuvo la monarquía con su acción política de unitarismo.

Tiene razón el señor Ortega y Gasset cuando dice que el problema de Cataluña es un problema insoluble. También lo es el vasco-navarro y otros semejantes.

Las tendencias de Cataluña serán las que surjan de los elementos ancestrales que se juntaron en su formación. Lo demás son coplas de Calainos.

Tendencias que, como las de las moléculas, en el orden inorgánico, buscan, por afinidad, las de su misma clase o substancia para constituir bloque o por yuxtaposición y por intersuceptión, repeliendo las que no les son propias.

La aleación de los metales se obtiene si éstos son fungibles.

La fusionabilidad, en lo étnico, no existe sino en su aspecto o forma exterior. En la médula de la substancia viva subsiste el sello de la fuerza orgánica creadora más prepotente o más irreductible. Y lo irreductible son los bien acuciados sentimientos regionalistas.

Ricardo GARCIA PRIETO

Páginas artísticas

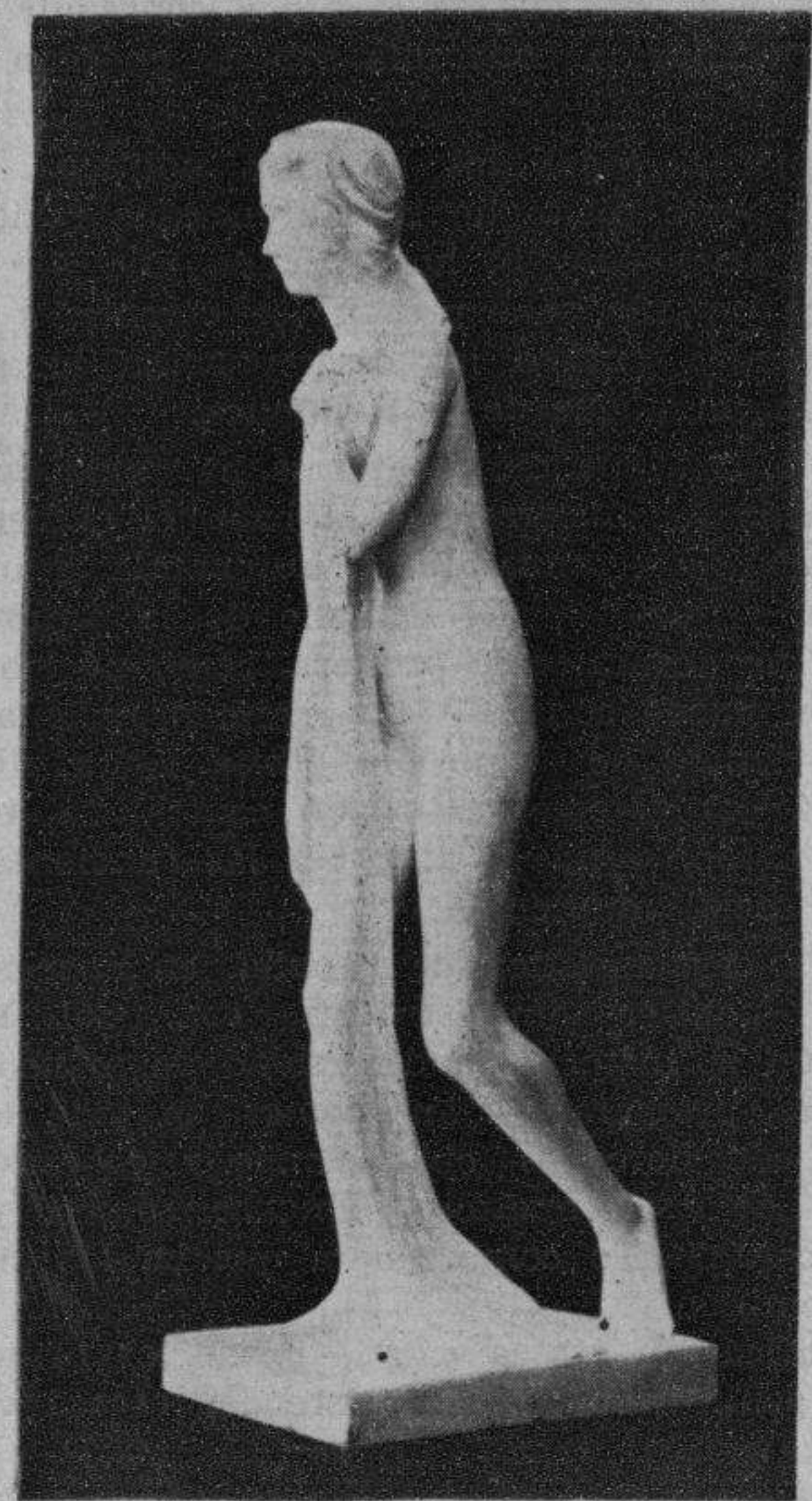
(1)

(1) Véase el artículo «Rejilla de Arle»
en la página 25.

Plaza de Sepúlveda, por
Rafael Benet



«Peixetera gallega», por Ramón Martín Durbán



«Figura», por Apeles Ferrosa

ENTRE NARANJOS REPUBLICAS Y MONARQUIAS

UN viaje en primavera a Valencia es algo que no se olvida nunca. Es un paseo triunfal por un jardín de flores, entre flores y naranjos.

No es extraño que los valencianos se extasien ante sus naranjales. Cae ante ellos de rodillas cualquier corazón que sea sensible.

Si los egipcios adoraban las cebollas, ¿qué tiene de particular que los valencianos rindan culto a la naranja y al naranjo?

Unos y otros besan con ello el pan que los nutre. Sus cebollas eran en la antigüedad lo que hoy las patatas, esto es, la base de la alimentación de los ejércitos y del pueblo.

Y la religión del pan nos parecerá siempre menos absurda que cualquier otra.

La naranja es el primer valor internacional de España. Y una de sus bellezas más indiscutibles.

Los fanáticos del fruto de oro son infinitos y de una intransigencia que para las ideas políticas fuera de desear muchas veces.

Así, no se contentan los admiradores de la naranja con recomendárnosla como alimento, como recreo del paladar y gloria de los ojos, sino que se le atribuyen propiedades curativas maravillosas y se nos receta como elixir de larga vida.

Conocemos, en efecto, nosotros quien la toma como desinfectante del intestino contra la gripe, como clarificante y fluidificante de la sangre contra la artritis, como descongestionante y fundente de grasas, como purgante matinal.

El que se desayuna con dos naranjas y come cuatro más durante el transcurso del día, no estará nunca malo, no se morirá nunca, dice un refrán.

La verdad es que a la naranja le basta su tipo magnífico y su bondad intrínseca para triunfar donde se presente.

El otro día aprendimos en Valencia a mondar el delicado fruto sin tocarlo con los dedos, cosa que confesamos ignorábamos.

Llevó a cabo, en presencia nuestra, la delicada operación una valenciana de las de arroz, digna de llamarse Flor de Arroz, valiéndose del tenedor y el cuchillo únicamente.

Tomó Flor de Arroz de un frutero una bola de oro, una toronja llameante, redonda y encendida como un corazón.

La despojó primero de su túnica roja, desabrochándosela lentamente, botón a botón.

Le quitó a continuación la camisa blanca y la delgada película que podríamos decir que constituye la camiseta interior.

Y cuando la tuvo en las púas del tenedor completamente desnuda, temblorosa, palpitante y destilando miel por todos los poros, fué metiendo en la carne viva el cuchillo, siguiendo la línea que indicaba cada gajo y sacando de cada uno de éstos un triedro limpio de piel y de semillas que era un puro arroyo.

Cada pedacito lo fué colocando en el plato y, aplastando contra éste con el tenedor el raspajo que quedó, y exprimiéndole el jugo, vertiólo sobre los trocitos que habían salido de cada gajo de la esfera.

El trabajo fué realizado con tal pulcritud, tan sabia y magistralmente, que tributamos una ovación y extendimos un diploma de artista a la autora. El placer de ver nos frustró casi el gusto de comer.

Angel SAMBLANCAT

INGLATERRA

EN París, a las ocho de la mañana, una voz firme resuena bajo la amplia bóveda de hierro y cristal de la estación del Norte: «Monsieurs les voyageurs, en voiture s'il vous plait!» «¡Señores viajeros, sírvanse subir al tren!» Vibra la señal de marcha, trepida el convoy y la interminable hilera de confortables vagones se desliza rápida, dejando atrás todo el vasto panorama encantador terrestre que se extiende infinitamente hasta Boulogne, donde espera el vapor que ha de conducirnos a Inglaterra.

Aposentado ya en el cómodo departamento transportador, en plena marcha, el viajero recuerda que al adquirir el billete le ha sido entregado un aviso impreso y una natural curiosidad le induce a enterarse de la inesperada advertencia. El papel en cuestión, que va adjunto al pasaje, dice así: «Aviso importante a los viajeros que se trasladan a Inglaterra: La Compañía South Eastern and Chatham Railways previene que, según la ley británica de 1.º de enero de 1906, todo viajero será considerado «indeseable», y, por consiguiente, no susceptible de ser admitido, en los casos que a continuación se expresan: Primero, si no puede probar que posee o que está en situación de adquirir los medios de su subsistencia y la de los que le acompañan; segundo, si no está sano de espíritu o si padece alguna enfermedad que pueda ser una carga para el Estado o una molestia para las gentes; tercero, si sufrió condena en algún país...», y el aviso continúa fijando interminables restricciones y extremadas exigencias codiciosas e inhospitalarias.

¿Dónde voy?, se pregunta para sí el forastero, y ¿qué particular territorio es ése que para franquear su puerto frontera se hacen necesarias tales y tantas condiciones de honradez, de salud y de fortuna?

¿Por ventura el pueblo inglés no tiene astutos malhechores, desdichados enfermos e indigentes? ¿Y no emigran éstos libremente a otras regiones del universo?

Un silbido penetrante de la locomotora turba súbitamente mis reflexiones. Llegamos a Boulogne. El tren detiene su marcha al pie mismo de la pa-

lanca que da paso del muelle al vapor. Después, dos horas de mar invariablemente revuelto y el desembarco entre náuseas en el nebuloso Folkestone. ¡Qué extraño aspecto lánguido ese oscuro conjunto de casuchas vulgares, sin ningún atractivo de agradable perspectiva, de blancura ni de flores!

El tren que ha de conducirnos a Londres espera en los andenes, mejor dicho, los que esperan pacientemente son los viajeros, que no pueden entrar en sus respectivos departamentos porque están cerrados con llave. Cinco escasos minutos antes de ponerse en marcha el convoy, un empleado sin finura ni modales, grita con brusquedad: «Come in!» «¡Entren!», y abre simultáneamente las portezuelas de los vagones, que vuelve luego inmediatamente a cerrar, como vulgar carcelero que recluye a una cuadrilla de maleantes en un calabozo. Esa «reclusión ferroviaria se prolonga hasta llegar a Londres, donde «recobramos la libertad» en la estación de Charing Cross.

Ya estamos en la capital del flamante imperio, pero hemos tenido el desacierto de presentarnos en tan extensa metrópoli en domingo, «holiday», «día santo», como le llaman los ingleses, día sin actividad, sin confort ni alegría, con ausencia total de tránsito, sin coches en la estación y con niebla... La emprendemos, pues, a pie por Totenham Cour Road y damos vuelta a la izquierda, cargados con las maletas, por la calle Oxford, para encaminarnos a Charlotte Street, donde tenemos reservado un aposento.

Nadie adivinaría en tales vías desiertas las arterias de esa colosal Babilonia, populosa y dilatada como toda una nación.

En la calma monótona del final de semana londinense vibra el eco lejano del reloj de Westminster, que lanza al espacio gris las seis campanadas melancólicas de la tarde dominguera de Londres.

(Continuará)

Xavier de ZENGOTITA

Anuncie usted en
LA CALLE

EL ESPEJO DE LA HISTORIA

¿QUÉ FUÉ LA COMUNA DE PARIS?

INICIAL

SE viene hablando mucho, en estos últimos tiempos, del movimiento revolucionario de la "Commune" de París, y hay que consignar incluso la aparición de una copiosa y reciente bibliografía en torno a este apasionante tema.

Pero suelen ser, en general, ignorados para el lector medio, español, de hoy la significación y el alcance que tuvo aquel gesto insurreccional del pueblo de París en los comienzos del último tercio del siglo pasado.

Como un intento vulgarizador vayan estas leves notas periodísticas, escritas a vuelo de pluma.

COMO NACIO LA INSURRECCION

Vivía Francia los tiempos angustiosos del llamado Gobierno de la defensa nacional (1870-1871), inmediatamente después de la guerra franco-prusiana.

Las constantes defecciones de aquel Gobierno, unido a la tentativa fracasada de Thiers de apoderarse de los cañones de la Guardia nacional para entregarlos como botín de guerra a los prusianos, fueron el chispazo que prendió en la mecha de la indignación popular.

París se encontraba en situación desesperada después de sufrir todas las miserias y todos los horrores de un asedio enemigo — guerra franco-prusiana — que duró cinco meses.

El movimiento insurreccional de la "Commune" hallaba, pues, terreno abonado.

La insurrección se inicia en las calles de París el día 18 de marzo de 1871, al impedir el pueblo que se entregasen a los alemanes los cañones que guarnecían los fuertes de la ciudad.

Aquel mismo día el Comité central de la Federación de Guardias nacionales había lanzado un vibrante manifiesto contra la política imperialista y monarquizante del Gobierno de Thiers, el monárquico sin rey como se llamaba a sí mismo.

Por la tarde de aquel día,

ante lo aplastante de la victoria popular sobre las tropas adictas al Gobierno en una colisión surgida en los altos de Montmartre, Thiers abandona la capital y se refugia en Versalles.

El Comité central revolucionario se instala en la Casa de la Ciudad y empieza su acción administrativa.

da efímera, pues sólo duró dos meses.

El Gobierno provisional actúa del 19 de marzo al 28 del mismo mes. El 26 se efectúan elecciones, siendo elegidos 90 consejeros, representantes de los 20 distritos de que se componía París.

Los nuevos consejeros

central de la Guardia nacional, y las antiguas municipalidades elegidas en noviembre de 1870, a las que delegó Thiers al refugiarse en Versalles.

2.º Del 28 de marzo al 21 de mayo, en cuyo período la Comuna asume la plenitud de poderes civiles, políticos, militares y administrativos.

3.º Del 21 al 28 de mayo, en que las tropas versallesas se van apoderando de París y ejerce el Poder el mariscal Mac-Mahon conforme va avanzando el ejército que manda a través de los distritos de la capital.

¿QUE FUE LA COMUNA?

Los propios comunistas nos explican el significado y finalidad de la Comuna en su manifiesto de 18 de marzo de 1871, publicado al mismo tiempo que estallaba la insurrección. En este documento se decía que "los proletarios de París, cansados de los engaños y traiciones de que la clase media los había hecho víctimas, habían creído llegada la hora de salvar la situación, tomando en sus manos la dirección de los negocios públicos", y que "los trabajadores habían comprendido que su deber imperioso y su derecho absoluto eran hacerse dueños de sus propios destinos, tomando las riendas del Gobierno".

Una interpretación moderna muy estimable de aquel movimiento insurreccional es la del escritor socialista Arturo Labriola, quien, en un breve y sustancioso estudio sobre la influencia de la "Commune" de París en la política francesa, dice:

"Los escritores republicanos reconocen más o menos explícitamente que la Comuna salvó a la República en Francia. La mayoría monárquica de la Asamblea de Burdeos comprendió que Francia no hubiera tolerado la represión sino en nombre de la República. Durante la crisis de la Comuna, Thiers debió comprender la dificultad que acompañaba a la ejecución del "paso de Burdeos". Sus declaraciones republicanas se hicieron insis-

MUJERES HECHAS PRISIONERAS POR LOS VERSALLESES
(Grabado de la época)

La Comuna nace del triunfo de los revolucionarios en la calle, y el Comité se transforma, al término victorioso de la insurrección, en Gobierno provisional de la ciudad de París.

LO QUE DURO LA COMUNA

La Comuna hizo una labor considerable. Pero tuvo vi-

constituyen la Asamblea Comunal, sin presidente, y empiezan a legislar, firmando los decretos "La Commune de París".

El tiempo que duró la Comuna—18 de marzo a 28 de mayo—puede dividirse en tres períodos:

1.º Del 18 al 28 de marzo, en que ejercen simultáneamente el Poder el Comité



en el mentidero

NO SE PUEDE HABLAR ASI

Al Congreso municipalista de Londres han ido comisionados, como todos saben, ediles de los Ayuntamientos de Madrid, Barcelona, Sevilla, etc.

En una de las sesiones, el concejal madrileño señor Muiño, como se aburría, por no entender una palabra de inglés, hizo un movimiento para incorporarse y abandonar el salón.

—¿Dónde va usted?—le preguntó Pedro Rico, reteniéndole por un brazo—. ¡No llame la atención!

—No me importa—contestó Muiño malhumorado—. ¡Me aburro como una ostra! ¡Ya podía esta gente hablar en cristiano!

—Y nuestro corregidor, imponiéndole silencio, le dijo:

—¡Cuidado con las palabras! ¡No sabe usted que somos laicos?

LA NAVE DEL ESTADO

En los pasillos de la Cámara se comentaba vivamente el discurso del señor Azaña. Un diputado de la derecha, aproximándose al señor Guerra del Río, le dijo:

—Se habrá usted dado cuenta de la importancia que encierra la alusión del presidente del Consejo al señor Lerroux,

tentes, monótonas y sistemáticas. Además, el éxito de la operación militar, ejecutada bajo su inmediata inspiración, debía hacerle concebir la posibilidad de una especie de segundo protectorado a lo Cromwell. Mayoría monárquica y Gobierno se volvieron más prudentes: la primera postergó sin fecha la restauración, y el segundo asumió seriamente la parte de defensor de la República.”

TRAGICO FINAL DE LA COMUNA

Jamás insurrección alguna fué reprimida con tanta violencia. El 21 de mayo por la tarde, las tropas versallesas, esto es, las fuerzas adictas a Thiers, penetraron en París por la Puerta de Saint-Cloud. Mandaba aquel ejército el mariscal Mac-Mahon.

Los versalleses encuentran una dura resistencia en los insurrectos. Las tropas de Mac-Mahon tardan una semana en apoderarse por entero de la capital, que es conquistada barrio por barrio, calle por calle, y aun sería más exacto decir que casa por casa.

Con la entrada de los versalleses en París comienzan las represalias, que fueron terribles. Los vencedores se ensañaron con los vencidos. Las tropas de Versalles, a las que Thiers llamó “el mejor ejército que haya tenido Francia”, obraron con increíble dureza.

Según Pelletan en su libro “La semaine de Mai”, durante la conquista de París por los versalleses, que costó siete días, fueron fusiladas 35.000 personas, entre hombres, mujeres y niños, y se hicieron más de 40.000 prisioneros.

El 28 de mayo fué tomada la última barricada. Entonces Mac-Mahon mandó publicar el siguiente bando:

“Habitantes de París: El ejército de Francia ha venido a salvaros. París es ya libre. Nuestros soldados han tomado, a las cuatro, las últimas posiciones ocupadas por los insurrectos. Hoy ha terminado la lucha; el orden, el trabajo y la seguridad van a renacer.”

La paz de París era, sin embargo, un poco la paz de Varsovia.

Angel MARSÁ

que no es otra cosa que la indicación de entregarle la nave del Estado...

—Me parece mal—replicó Guerra del Río—, porque los buenos capitanes, no sólo deben mandar la nave cuando marcha viento en popa, sino cuando amenaza embarrancar o se le abre una vía de agua.

BUENA COMPAÑIA

Como en sus declaraciones dijera el señor Prieto, refiriéndose a la votación de la totalidad del Estatuto, que si la mayoría de la Cámara no votaba con el Gobierno, él estaba dispuesto a no llegar a una buena concordia, un periodista le dijo:

—Pero si van a votar con ustedes los vasconavarros...

El señor Prieto, dando un respingo, contestó:

—¡Eso nunca! ¡Más vale ir solos que mal acompañados!

COMO EN LA FABULA

La señora doña Pilar Millán Astray estrenó, hace un mes, en el teatro Cómico una mala comedia, mala de verdad, que había sido rechazada en todos los teatros y que le aceptó la actriz a quien llaman la reina de la mano izquierda.

La obra—llamémosla así—está plagada de todos esos tópicos vulgares y cursis que tanto abundan hoy en día entre las solteronas beatas y los jesuitas de levita y cabaret, como la indisolución del matrimonio, aun cuando los cónyuges anden separados y cada uno tenga públicamente un amante—¿verdad, doña Pilar?—, y de la fe cristiana, etc., etc.

Y para celebrar este rasgo de ingenio de esta autora tan entusiasta del señor Cambó—¿verdad, doña Pilar?—decidieron darla un banquete.

...Y éste se celebró, concurriendo gran número de estas solteronas histéricas, que pronunciaron discursos llenos de santo fervor y de entusiasmos bélicos, abogando por el retorno del que el día 14 de abril el pueblo le dió la patada de Charlot.

En el momento que se celebraba el banquete, acertaron a pasar por las inmediaciones del hotel Miguel Tato Amat y César García Iniesta, y como éste oyera las voces entusiastas de las de Estropajosa, ignorando lo que ocurría, preguntó, extrañado:

—¿Qué pasa ahí? ¿Porqué gritan esas mujeres?

—No te preocupes—contestó Tato Amat—. ¡Son las ranas pidiendo rey!

COMO EN EL TENORIO

Como tanto y tanto se habla estos días del Estatuto, como se comenta que si Lerroux propugna por esto; Ortega y Gasset por aquello; Sánchez Román por lo de más allá; Maurra por lo de acá, Luis de Tapia, viendo multiplicarse por pasillos y secciones al señor Companys, jefe de la minoría catalana, hablando con unos y otros, decía en un corro:

—Estoy viendo que cuando termine la discusión de la totalidad, don Luis Companys va a tener que exclamar con el personaje del Tenorio:

“Imposible la hais dejado para vos y para mí...”

J. L. B.

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR COMO SE MUERE EN PALACIO

EL padre de Isabel II, que se tenía en lo que valía y que era aficionado a expresar su pensamiento con fraseo galano e imágenes pintorescas y expresivas, se comparaba a sí propio con una botella de cerveza.

Menos elegante que su pariente Luis XV, que en cuestión de profecías le daba el naípe por la meteorología («detrás de mí, el diluvio», exclamaba el francés cuando jovialmente anunciaba las calamidades que habían de llover sobre Francia en el instante que él desapareciera), afirmaba que a su muerte, saltando el tapón, el de la botella de cerveza, se derramaría el líquido Dios sabría por qué derroteros.

Frases tan espirituales e ingeniosas desde la más remota antigüedad indemnizaron a los pueblos de los errores y deslices de sus soberanos. David, Alejandro, Octavio, Nerón, Felipe II y otros bienhechores de la humanidad, hicieron sus correspondientes predicciones, en las que no se sabe qué admirar más si el humorismo trágico que las inspiró o la exacta visión del porvenir de que fueron heraldo. No se ha dado caso de que un monarca, juzgando sus yerros como determinantes de inacabables catástrofes para su reino, se haya equivocado.

Como siempre fueron hombres piadosos y delegados de la soberanía divina, a la hora de la muerte obtuvieron, para que se salvaran, la clarividencia que les faltó en vida. ¡Con decir que entre los reyes ha habido hasta santos está probada la exactitud de esta afirmación!

Por lo general, las antecámaras reales fueron teatro de edificantes escenas entre los familiares, deudos y servidores del candidato a cadáver. Una serie de cuadros de escenas domésticas «prae mortem» de la realeza sería cosa tan educativa como interesante.

Todos los futuros monarcas, casi todos, no queremos pecar de exagerados, perseguían de tal manera a sus respectivas madrastras (los reyes todos han sido siempre terribles triunfadores en batallas de amor, y han resultado ellos los viudos, menos, ¡claro está!, de su cuarta o quinta consor-

te), que éstas aprovechaban el período agónico del augusto esposo para ir preparando el equipaje y algunas fruslerías para el camino—doña Sibila de Sforzia, por ejemplo, mujer de Pedro el Ceremonioso, de una recua de mulos cargados de oro, un fraile y un obispo—y cuando aún no había dada la postrer boqueada el moribundo, salir huyendo de los del primogénito.

pañolas!!), gracias a la cual había de reinar su esposo en lugar de la hija de Fernando, recién nacida, Isabel II.

De otra parte, la reina enterradora María Cristina, la cuarta en la cronología oficial amorosa—que las otras tres hacía años habían emprendido el viaje a la gloria reservada a los monarcas cansados de aguantar al «Deseado», defendiendo los derechos de Isa-

das las dinastías de «espadones», la nación al despeñadero...

Intrigando, moviendo los hilos de todo aquel gran guñol, el sentimental Calomarde. En el fondo, como representación de un pueblo retirado al foro a crujidos de zurriagazos y golpes de culata, toda aquella cáfila de pajes, barberos, lacayos, azafatas, mozas de retrete, alabarderos, monteros de Espinosa, a quienes conocemos en toda su apreciable psicología gracias a la bien nutrida antología de nuestra literatura picaresca.

El rey se muere. Pero, irresistible bromista, no se decide a tranquilizar a los suyos a tres tirones. Por fin cae en un estado cataléptico. Ha muerto. Menos María Cristina, todos respiran. El oxígeno, merced a una profunda inspiración, llega hasta la célula más recóndita del organismo de cada uno. Doña Francisca canta victoria: a sus pocos alcances, el infante don Carlos María Isidro, su esposo, algo comprende de que debe alegrarse. Personas comprensivas se apresuran a dar la noticia al pueblo, yendo a fijar en la puerta de Palacio el parte en que se expresa que Fernando ha subido al cielo, como nieto de San Luis que es.

En la cámara mortuoria suena una bofetada de cuello vuelto que ha aleteado por un momento en el aire como una enorme mariposa y que se ha posado sobre la cara de Calomarde, encendida como una rosa. Se oye después rasgar un papel. La historia y la tranquilidad de España se han complicado. Como se hace trizas aquel papel se hará luego trizas el pellejo de los españoles.

El ministro se inclina y dice un madrigal a la infanta.

Pero, ¡asombro!, ¡el rey no está muerto! ¡Pronto!, hay que arrancar los partes de la puerta del alcázar. Debió ser una broma macabra, aunque los médicos trataron de explicar el hecho científicamente.

Un año aún vive Fernando. El suficiente para arreglar los papeles de familia y restablecer la ley española en favor de su hija. Luego, muere en una cama como un justo.

Pedro BARRAGAN



Los espíritus de Alfonso XI, de don Pedro el Cruel, de los de Barcelona y otros muchísimos pudieran abonar la veracidad de estos extremos si les permitieran retornar, desde las regiones donde moran, para continuar haciendo la felicidad de los Estados de la Tierra.

Volviendo a Fernando VII, hemos de decir que no se vió privado en sus últimos momentos de consuelos familiares. Su antecámara bullía el día que enfermó, en septiembre de 1832. Por un lado, doña María Francisca, esposa del infante don Carlos, manteniendo con todas sus fuerzas la vigencia de la Ley Sálica (¡siempre fueron los Borbones grandes defensores de la legislación y las tradiciones es-

belita, ayudada por su hermana Carlota, mujer varonil que nada tenía que aprender en desgaire ni envidiar en ligereza de manos a las manolas de Embajadores y Las Vistillas.

Las clásicas y tradicionales componendas de las Cortes de todos los tiempos y todos los sitios con las naturales diferencias, más adjetivas que sustantivas, formaban el «conjunto»: ministros a precario, grandes de España, encargados con toda seriedad de los más trascendentales menesteres caseros; gentiles hombres con la llave en la parte posterior: arzobispos, obispos, frailes y canónigos; generales que arrastraban «el sable» con la misma tranquilidad que habían arrastrado, ellos y sus antecesores—ya estaban crea-

EN COLUMNA DE A UNO



GALDÓS

NO, no desfila en nuestro desfile semanal, de uno en fondo, No desfila Galdós, porque es de piedra; porque no puede ser llevado y traído como aquellos otros, más mudables, por más perecederos, que rompieron la marcha en viernes anteriores.

De piedra, como este monumento al que se ha acercado, llena de reverencias, para enfocarlo llena de fervores, esta ventanita nuestra de LA CALLE, Galdós está un poco—ino mucho!—olvidado. Como su estatua, visitada una vez dentro del año, con unas frases y con unas flores, casi en formulista y atrito, que no contrito, «cumplimiento» pascual.

Porque la monarquía fué ingrata — por omisión—, la República no debe serlo. Y a la memoria gloriosa de Galdós, Liberal, con mayúscula, le debe la República un homenaje.

¿Cuál? Tal vez no otro que el tan sencillo de ofrecer a los filatélicos internacionales la efigie del autor de «El abuelo», no ciertamente indigna de figurar junto a la de los otros varones ilustres que han agrandado el horizonte de nuestra filatelia, porque antes ampliaron el de nuestra Historia...

Sobremesas

HAY QUE REORGANIZAR EL "CUERPO DE LOS PROFETAS"

TODAS las centurias han tenido sus profetas. La vigésima, por tanto, puede tener los suyos también. Y, además, los tiene; los ha tenido desde el principio y los tendrá hasta el fin.

Los profetas de esta centuria, como los de casi todos los tiempos, pertenecen a dos clases: profetas que aciertan y profetas que no aciertan. Esto, a lo largo del camino de los cien años.

Pero, deteniéndonos en este recoveco o curva del año 32, nos encontramos a todos los profetas confundidos en una categoría única; la de los que no aciertan ni una vez. Esto, que tiene para los profetas la ventaja de que, por ser así, no morirán crucificados—si no es en la cruz del ridículo, sobre el Gólgota de la burla de todos los escépticos (o sabios)—, tiene una desventaja para sus discípulos, discípulos de profetas, cosa que siempre suena a cerrada borreguil, y es su decepción ante el incumplimiento de cada vaticinio.

Yo recomendaría, pues, para evitar este desprestigio de la clase, esta descalificación del espíritu de "Cuerpo", que el "Cuerpo de los Profetas" se dividiese y se reorganizase, adoptando un nuevo nombre, más en consonancia con sus posibilidades. Por ejemplo: el nombre de "Cuerpo de los que se aguantan".

Y luego, haciendo honor a este nombre—yo seguiría recomendando—que se aguantasen "hasta ver qué pasa". Es decir, hasta ver si de verdad hay crisis ministerial un día, para profetizarla un día después, que es la mejor manera de no caer en lo risible, o sea, en lo lastimoso.

HELIOS CRAS



PISTOLERISMO

Pistolerismo,
terrible mal;
cubriendo al hombre,
piel de chacal;
cáncer político,
lepra social;
cobarde hazaña
de criminal:
¡Qué noble instinto
ni qué ideal
invocar queres,
siendo rival
de toda hombría!...
Si en tu ritual
sólo se entona

con son triunfal
el canto al crimen;
si en tu moral,
sólo se ensalza
lo desleal;
si eres... lo que eran
«vino y puñal»;
si llevas sangre
de un manantial
de mancebías
y de penal,
¡qué instinto noble
ni qué ideal
profanar queres,
plaga social!

EL LOCO CANTOR

EN COLUMNA DE A UNO



HINDEMBURG

Atrazar la otra silueta que empareja con ésta en este número de LA CALLE, podríamos haber dicho que se trataba del «Antihindenburg», no fuera más que para poder decir ahora que Hindenburg es el «Antigaldós».

Diferentes los hombres hasta ser antitéticos, son distintas también, hasta la disparidad, sus estatuas. Aquella, venerable y civil, dulce y doméstica; ésta jactanciosa y guerrera, ágrica y castrense. La una figura, sentada en paz; la otra, poco menos que en pie de guerra.

Galdós, inmortal; Hindenburg, superviviente. Que tampoco es lo mismo. Galdós, cantero de la Historia. Hindenburg, marzo histórico él mismo, no resignado a morir él, ni a que los muertos mueran, que es más grave.

Y así, ahora, levanta la cortina, en una última reverencia cortesana, para dar paso a lo que se creyó pasado; para que comience de nuevo, tal vez, lo que se creyó concluido.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE", PLAZA DE CATALUÑA, NUMERO 9, 2.º, 2.ª BARCELONA

LA CALLE publicará, gustosamente en sus «Páginas Femeninas», cuantas noticias de interés político o social le remitan los Círculos, Liceos, Ateos y demás Centros femeninos españoles.

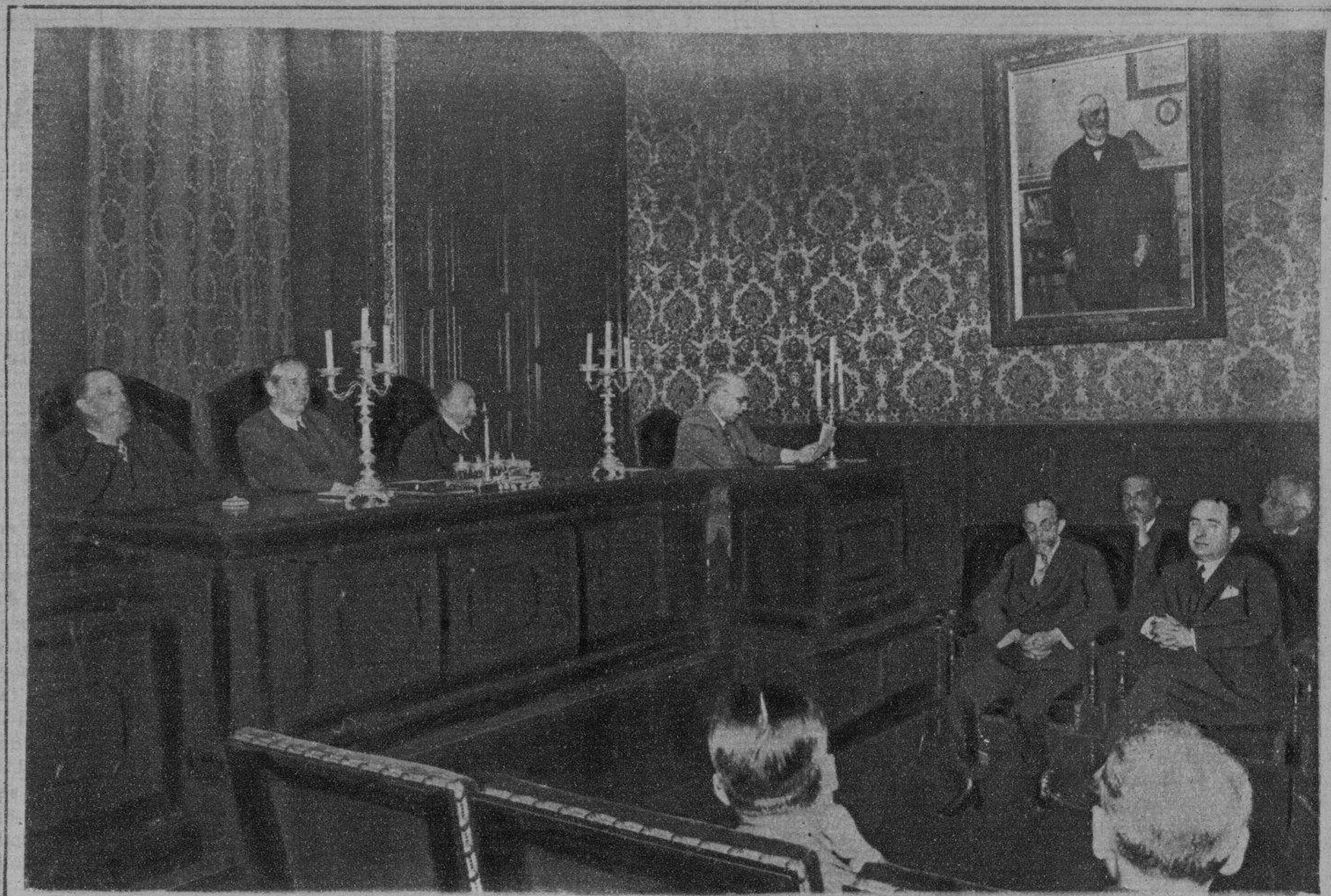
hechos y rostros de actualidad



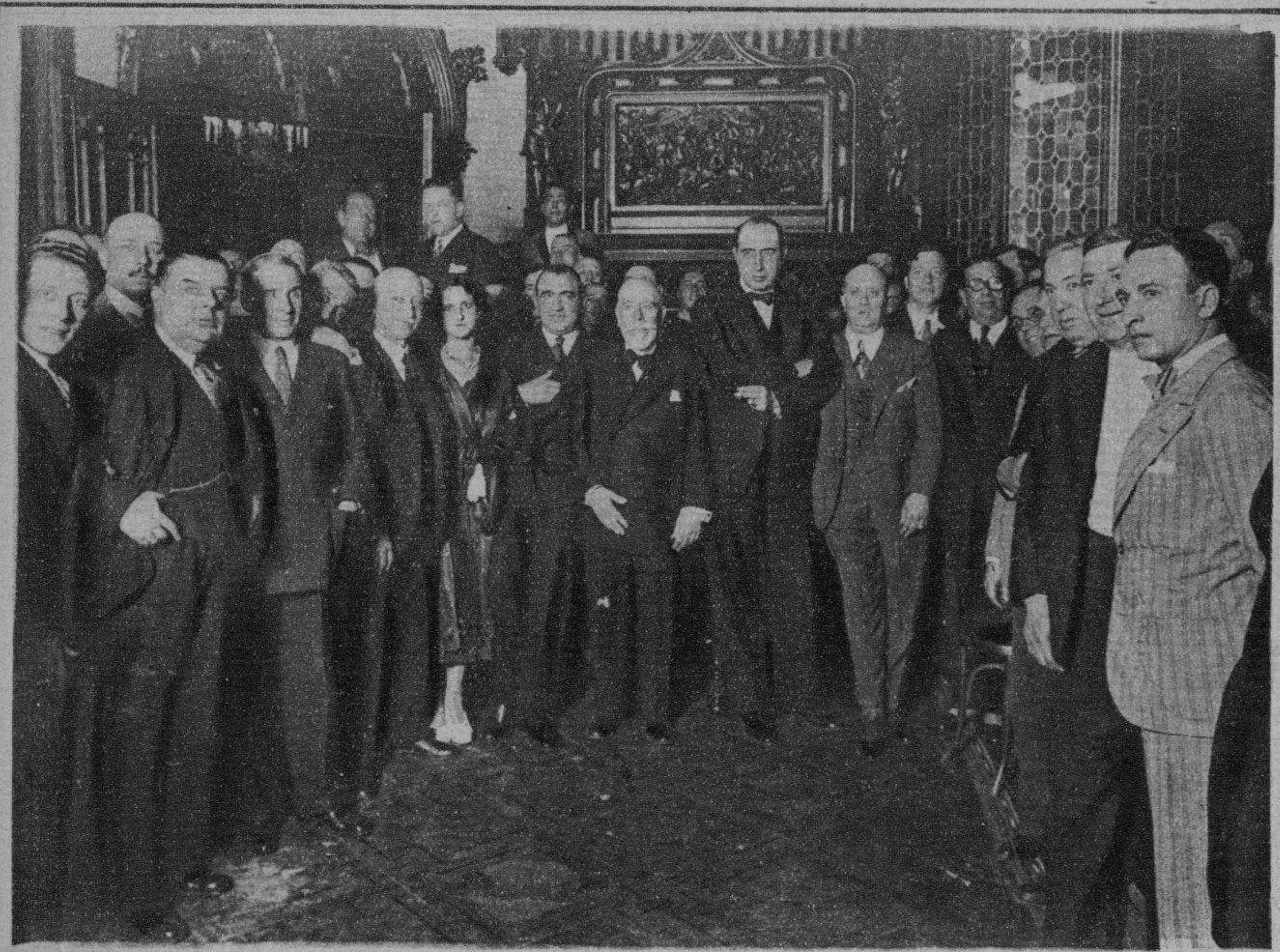
El doctor Schachat, ex embajador del Reichsbank, que presidirá la delegación alemana en la próxima Conferencia de Lausana.—(Fot. Vidal)



Don Vicente Sol, que desempeñaba el cargo de gobernador civil de Sevilla y ha sido nombrado Director General de Prisiones, por decisión de la señora Victoria Kent.— (Fot. Vidal)



En la Academia de Medicina.—Sesión inaugural de la «Semana de Higiene Mental». El doctor Saborcada, leyendo su discurso.— (Fot. Merletti)



En el nuevo «Club Republicano», del Paseo de Gracia, se celebró una recepción popular en honor de los Centros radicales de Barcelona. El presidente de la entidad, don Juan Pich y Pon, con los señores Serrallana, Montaner, Pérez de Rozas y otras personalidades del partido, durante el brillante acto.—(Fot. Pérez de Rozas)



En el «Círculo de Alianza Republicana», de la Rambla de los Estudios. El diputado a las Constituyentes, don Basilio Álvarez, en un momento de la interesante conferencia que dió acerca de «La emoción política de la hora actual». Presidieron el acto, don Juan Pich y Pon y los señores García-Caballero, Juncal y Barangó Solís, secretario.— (Fot. Merletti)



El señor Davila, ex embajador de Chile en los Estados Unidos, jefe del movimiento revolucionario que ha derribado al Gobierno de su país.—(Fot. Piortiz)

UN VIAJE DE ESTUDIOS A LA RUSIA SOVIETICA

LOS NIÑOS VAGABUNDOS

ESTA enseñanza de la técnica contrasta con el abandono en que están los niños errantes y vagabundos, de los que pueden todavía encontrarse gran número en Moscú y en todo el Centro y Sur de Rusia.

La supervivencia de esa plaga social que no es suficiente a explicar la guerra civil ni la emigración, proviene en su gran mayoría, según me han contado, de la resistencia de los niños a vivir en esta vida de acuartelamiento prematuro. Ellos prefieren su libertad, incluso al precio de la miseria y de la vida aventurera.

Muchos escapan desde la edad de siete u ocho años, viajando sobre el techo de los vagones o metidos debajo de los asientos de los trenes, y viven de la mendicidad o de la rapiña, a pesar de los esfuerzos de los Gobiernos soviéticos, que han creado para recogerlos un cierto número de establecimientos muy bien montados, a los cuales los niños errantes van por sí mismos cuando llegan los primeros fríos. Pero en cuanto llegan los días primaverales escapan de nuevo, a pesar de todas las vigilancias de sus guardianes. De todas maneras, el número de niños abandonados disminuye. Por los tiempos de la Revolución alcanzaban la cifra de 400.000 ó 500.000 y hoy son unos 50.000.

EN LAS FABRICAS

La propaganda, bajo todas sus formas, sirve para hacer conocer al habitante de los pueblos las ventajas del maquinismo en todo el país. Es en las plazas y en las calles donde con preferencia se colocan grandes cuadros en colores que reproducen grandes ilustraciones mostrando, por categoría de fábricas, las construcciones ya realizadas y las que lo serán antes de terminarse el primer plan quinquenal, es decir, antes de 1933.

Unos cuadros son consagrados a los medios de transporte; otros al desarrollo de la electricidad o de la fuerza hidráulica, pero el mayor número de ellos es dedicado a los tractores destinados, como se sabe, a la motorización de los campos. El tractor es para el pueblo ruso como el emblema por excelencia del maquinismo. Es en él donde se basa la victoria del comunismo, por la puesta

en cultivo de la inmensa Rusia.

Las fábricas que se destinan a su fabricación son las más interesantes. Visité la Poutiloff, de Leningrado, que ya existía antes de la Revolución; la Selmattro, en Rosstov; la gran fábrica de Stalingrado. Todas trabajan «a la cadena» y están dotadas del utillaje americano más moderno. Cada una de ellas está rodeada de ciudades obreras muy modernas y destinadas al alojamiento de sus obreros.

Con las fábricas de Schebilibisja, en Siberia, el rendimiento total de las fábricas de tractores es de 180.000, según las cifras que nos han comunicado.

La mayor parte de los tractores han sido construidos según los modelos americanos, pero ya los rusos han constituido, en los «sovkos» Verbiud, donde yo los he visto, en explotaciones, en talleres, campos de experiencia de varios centenares de hectáreas destinados a la prueba de los

tractores acondicionados de manera mejor al suelo ruso.

LA EMULACION

Para impulsar la producción hasta el extremo, los rusos han inventado un sistema de emulación en el que los americanos no habían ni soñado.

En las fábricas de Stalingrado se ven retratos de obreros en grandes cuadros adheridos a la pared. El director de la fábrica me explica:

«Estos retratos son de obreros que forman parte del equipo que en los últimos quince días han obtenido la producción más elevada. Los obreros de estos equipos reciben dos recompensas: la colocación de su retrato frente a estos cuadros y el aumento de salario correspondiente.»

El cuadro de honor se encuentra a la entrada de todos los talleres soviéticos. Está generalmente doblado de otro cuadro, en el que se explica la media de trabajo obtenida por cada equipo. Cada uno de ellos se encuentra dotado de

una de las insignias que obligatoriamente le corresponde. El primero es el avión, el más honorífico, símbolo del rendimiento máximo; el segundo el automóvil, y el tercero la locomotora. Estas son las tres categorías favorables. Después vienen las categorías del deshonor, que son el camello, el burro y, horror de horrores..., ¡la tortuga! No sólo el equipo, sino el taller donde trabaja, es provisto de la insignia que el equipo ha merecido.

Todo taller con retardo en las previsiones del plan quinquenal está condenado a conservar la insignia que se le da hasta recuperar el tiempo perdido. En la central telefónica de Moscú pude ver una enorme tortuga pintada sobre tela, de varios metros de alto, y expuesta a la entrada del edificio, a la vista de todos. Podemos imaginar cuáles serían los sentimientos de un taller francés si se le expusiera a una vergüenza semejante.

PROPAGANDA

No son éstos solamente los únicos medios para provocar la emulación.

En los talleres, los alto-parlantes declaman durante el trabajo poesías e himnos consagrados a la producción. En el cine, las actualidades son casi únicamente consagradas a las vistas de las fábricas y talleres.

En el teatro, en el music-hall, en la misma Opera, la mayor parte del espectáculo es consagrado a la propaganda en favor de la producción. En Moscú, por ejemplo, asistí a una representación, en el music-hall del «Hermitaje» y al levantar el telón, una veintena de muchachas y jóvenes vestidos como los «boys» y las «girls» inglesas, cantaron una canción dedicada a la riqueza del suelo ruso. Luego un coro de obreros dijo sobre la escena que estaban dispuestos a toda clase de esfuerzos. Pero el público miraba esto con indiferencia y los aplausos tributados eran muy inferiores a los que merecían los números siguientes de prestidigitadores y clowns.

En Odessa asistí a una representación nueva de ballets rusos. Fueron los primeros que vi imitando a las máquinas y al movimiento rítmico que recuerda los equipos en el trabajo.

(Concluirá)

Entre la enorme cantidad de escritos, trabajos y colaboraciones que recibimos y sobre los cuales, como venimos diciendo persistentemente, no podemos mantener correspondencia, hay muchos que ni siquiera leemos porque vienen firmados con un seudónimo o con iniciales.

Es inútil que nuestros comunicantes se dirijan a nosotros en esa forma anónima pues ya se les alcanzará que no podemos dar valor más que a los escritos que lleven al pie una firma y una dirección, sin perjuicio de que no aparezcan consignados en nuestras columnas si así lo desean los interesados.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

REPORTAJES DE "LA CALLE"

EN VALENCIA: MEDIA HORA
CON EL GENERAL RIQUELME

NO tengo notas de este reportaje. Tomé unas pocas—nada del voluminoso blok con que toman posiciones algunos cofrades de la pluma—, y hasta han desaparecido, como protesta de mi estupidez de unos minutos, o en la vorágine del vivir apasionado y vibrante de esos días pasados en la tierra morena que es Valencia, mi tierra.

**

—Cinco minutos, mi general; un reportaje para LA CALLE. Esto es un "atraco", ¿verdad?

Sonríe Riquelme, tendiéndonos la mano, y pasamos juntos al despacho. Sospecho que el general no tiene noticia de mi visita de la mañana y esto hace más estimable su atención al recibirme a esta hora.

—Mañana tiene usted un acto menos a que asistir, mi general—le digo—. El de los Silos de Burjasot. Me acaban de decir en "El Pueblo" que se ha suspendido.

Una hoja tirada con Ciclostyl que ha llegado a nuestras manos un momento antes emplazando a los obreros para el día siguiente, pasa a las del general. El lenguaje es duro, descarnado; grave amenaza. El general la lee atentamente y se lamenta de la incompreensión de estos elementos que pone a la República en un dilema difícil.

—Bueno, mi general. No queremos celebrar con usted una interviú; nada del "momento actual", ni siquiera de la Reforma Agraria, que deben acometer y resolver los poetas: son los indicados. Nosotros queremos recuerde tres momentos, los más destacados de su vida de conspirador.

Habla el general... Yo he de ir ahora perfilando el contorno de las imágenes que van surgiendo en la conversación.

El general Riquelme comenzó su vida de conspirador el 1926. ¿Antecedentes?... La conciencia honrada que

se subleva contra todo régimen de excepción, admisible, en algún caso, breve y transitoriamente.

En 1928, cuando "la Sanjuanada", como en todos los intentos revolucionarios, tuvo Riquelme un puesto de responsabilidad. Aquella noche la pasó vigilante en una casa de frente a Capitania General de Madrid, con Te-

constituído, sino contra un Poder nacido de un acto de fuerza e ilegítimo, en consecuencia. Sánchez Guerra es absuelto.

Esto ha de costarle caro al general. El dictador quiere primero enviarles a un castillo. Cuando se le hace ver lo improcedente de esta medida antes de ser conocida la causa por el Supremo y

sido llevado a Játiva, punto estratégico de su acción...

—¡Es curioso!... ¡En Játiva!... ¿Y dónde estuvo usted escondido en Játiva, mi general?...

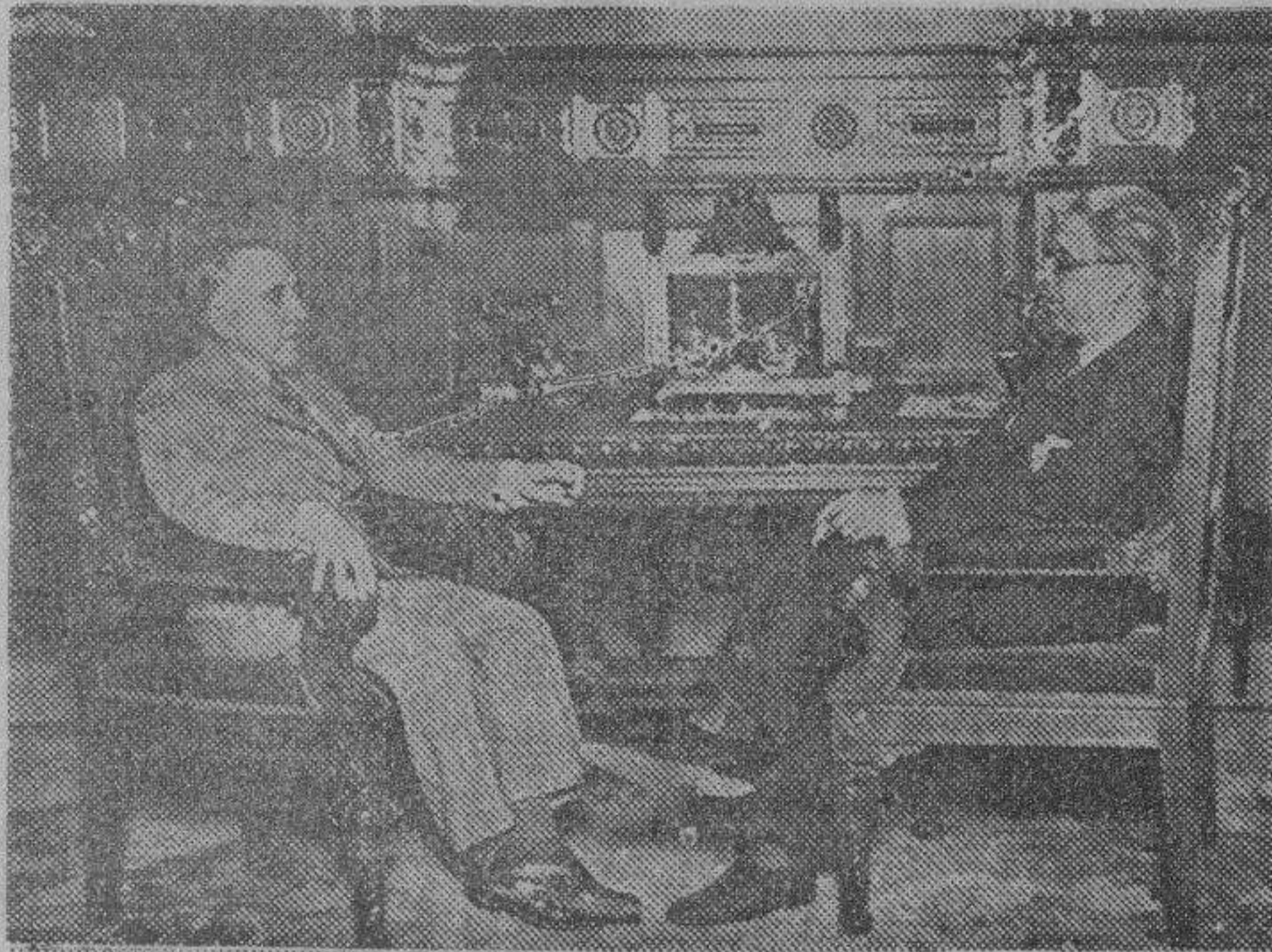
—En casa de don Hilario Botella. De recibirme en Játiva estaba encargado don José Fabra. Este debía haber recibido precisas indicaciones para reconocernos a nuestra llegada y proporcionarnos alojamiento aquella noche; efectivamente, éste y sus compañeros habían recibido las instrucciones, pero como se les anunciaba el paso de nuestro auto por la carretera de Madrid, no teniendo en cuenta de que ésta no pasaba por la ciudad, por la extensión del radio de vigilancia, más que una previsión resultaba una temeridad que podía dar al traste con todo, y nos encontramos solos al llegar allí.

—Siga usted, general. Yo soy hijo de Játiva y ello tiene para mí un gran interés.

—Vagamos por la ciudad, desorientados, sin atrevernos a preguntar por Fabra, hasta que nos decidimos a llamar a su casa. Fabra estaba en el Círculo Republicano. Un obrero que pasaba se ofreció a ir en su busca y vino corriendo a nuestro encuentro. Pero Fabra no podía alojarme en su casa, por razones comprensibles, ya que en ella vivía un capitán casado con su sobrina que desconocía el movimiento. Y me llevó a casa del señor Botella.

Allí pasé la noche, allí esperamos de lunes a miércoles, con los nervios en tensión, la hora de ocupar nuestro puesto... Allí nos enteramos por radio de lo de Cuatro Vientos, y allí también nos trajeron la mala nueva de que los sublevados se habían rendido.

El general ha evocado estos días, las horas de incertidumbre y de riesgo, las horas angustiosas de su vida de conspirador, sin la más mínima alteración de sus músculos, sin el más leve



El general Riquelme cuenta a nuestro compañero Alejandro Bellver sus horas de conspirador

resa Escoriaza, Luis de Oteyza y algunos más, esperando la señal para apoderarse de Capitania. Estaba convenido que inmediatamente Capitania estuviese en poder de Riquelme, Melquíades Alvarez y el conde de Romanones, presidentes de la Cámara popular y del Senado respectivamente, irían a Palacio a exigir del rey entregase el Poder a Aguilera. Fracasado el movimiento, se refugió en su finca cercana a Madrid, donde le detuvieron.

En el Consejo contra Sánchez Guerra, de cuyo Tribunal de generales forma parte Riquelme, adquiere éste un gran relieve y se atrae el odio de Primo de Rivera. Riquelme es el único letrado en aquel Tribunal. Y defiende la doctrina jurídica de que no puede condenarse por rebelión a quien no se levantó contra un Poder

apreciar su actuación, anuncia castigo ejemplar para el presidente y Riquelme. Se niega a recibir a éste cuando va a Madrid y pretende exponerle los fundamentos de derecho de su alegato en favor de la absolución de Sánchez Guerra. Poco después decreta el pase a la reserva del general, cuando hacía el número 1 en el escalafón y existía ya la vacante reglamentaria para su ascenso.

En diciembre, cuando Galán y García Hernández se anticipan, impacientes, aun después de eso Riquelme, estrechamente vigilado, burla a la Policía y sale de Madrid a ocupar el puesto que tiene designado, para ponerse al frente de las fuerzas comprometidas en la región valenciana y los paisanos que secundan el movimiento. El uniforme del general ya ha

ISIDRO RIBAS, EL CAMPEON MUNDIAL DE CARAMBOLAS DE FANTASIA, NOS CUENTA COMO

EL año 1927—empieza diciéndonos Isidro Ribas—, después del festival de billar que organicé en el Teatro Olympia, de Barcelona, Pérezof me preparó una «tournée» que comenzó en el Price, de Madrid, y terminó en el Salón Cané, de Amsterdam, pasando por el Cervantes, de Sevilla; el Coliseo de Recreus, de Lisboa; el Casino, de París, y el Royal, de Bruselas. De Amsterdam regresé a París, y allí me contrataron para actuar setenta días en Bogotá (Colombia). Los setenta días se fueron prolongando, y estuve en Colombia unos ocho meses. Luego recorrí todas las repúblicas de Centroamérica, actuando en todas ellas con mucho éxito y siendo muy agasajado. Jugué en todos los Clubs y ante los presidentes de aquéllos, ante los Presidentes de todas aquellas repúblicas, a quienes interesó mucho mi juego, la ejecución de las más fáciles y más difíciles carambolas, en la que tuve momentos muy felices...

—¿En qué país te trataron mejor?—preguntó Ribas.

—En todos me trataron muy bien, especialmente en Venezuela. En Venezuela fui objeto de atenciones y amabilidades que no olvidaré nunca. El general Gómez y su amigo y compañero inseparable el doctor Requena, me distinguieron de forma verdaderamente insuperable. ¡Si en todas partes los artistas encontraran un apoyo como el que allí les presta el general Gómez, serían mucho más gratas y agradables las andanzas por esos mundos!

—Continuemos con el Campeonato...

—Sí. De Venezuela marché a Colombia otra vez, y a Méjico, donde me enteré de la celebración del Campeonato mundial de carambolas de fantasía en los Estados Unidos, y enseguida me dirigí allí en busca de Carlos Peterson para contender con él. Peterson se consideraba el invencible, pues hacía veinte años que era

gesto de jactancia o presunción. Y eso que había perdido la carrera, y le iba en ello la vida. Sólo sus ojos tienen ahora más luz que cuando empezamos la conversación.

Alejandro BELLVER

GANÓ EL CAMPEONATO

el campeón y nadie se atrevía a disputarle el campeonato en los Estados Unidos. Y se comprende. Cuando tiene un

gunda etapa, en los días 13, 14 y 15 del mismo mes. La tercera tuvo lugar en Washington, los días 19, 20 y 21.



campeonato, o lucha por él, un americano, es casi imposible intentar la lucha para conquistarlo, porque se cometen toda suerte de barbaridades para impedir que se le lleve ventaja. Precisamente, a propósito de esto me decía Uz-cudun: «Ya puedes decir en España que si yo fuera americano habría sido ya 60 veces campeón mundial...»

Fui el único—sigue diciéndome Ribas—que se atrevió a presentarse para disputarle el campeonato a Peterson. Y empezó el «match» en San Luis Mosuri, de donde es hijo Peterson, en los días, 8, 9 y 10 de febrero. De allí pasamos a Chicago, celebrándose la se-

La cuarta en Nueva York, en los días 23, 24 y 25. Y la etapa o jornada final se efectuó en un país neutral, en la Habana. El espléndido Teatro Nacional estaba lleno de bote en bote, y tuve una ráfaga tan grande de inspiración que logré una ventaja de 26 puntos sobre Peterson, y obtuve el triunfo final, es decir, el campeonato mundial, por 65 tantos. Los miles de aficionados que habían casi asaltado el teatro, estaban locos de emoción y de entusiasmo. Yo no he visto nunca una cosa igual. Los periódicos, al otro día, cantaban el triunfo del deportismo latino sobre el americano.

—¿Desde el primer momento, desde los primeros «matches», le llevaste ventaja a Peterson?

—No. En San Luis Mosuri me llevó 42 puntos de ventaja. En Chicago casi le alcancé; en Washington volvió a ganar unos puntos; en Nueva York le aventajé de 39 tantos, y ya no perdí un tanto más.

—¿No intentaron nada para dificultar tu triunfo?

—Lo intentaron, durante la celebración del tercer «match» creo que era, pues sin saber cómo ni porqué me quedé como atontado, medio desvanecido, y tuve que sentarme para no caer al suelo. Pero, a los pocos momentos, me repute y no sé de dónde saqué las fuerzas para seguir jugando con más brío que antes.

—¿Qué juicio formaste de Carlos Peterson, como jugador?

—Excelente. Es un entusiasta del billar, que tiene gran experiencia y mucha habilidad. Indudablemente, es un jugador admirable.

—¿Estás satisfecho de haber logrado el Campeonato mundial?...

Al formular esta pregunta a Isidro Ribas, que es la modestia y la sencillez en persona y que no da importancia a nada, se queda mirándome fijamente, y me contesta:

—¡Hombre! Estoy satisfechísimo y muy contento. Pero no por mí. Por lo que significa haber arrebatado un español, un catalán muy catalán, ese Campeonato mundial a un americano que se tenía por invencible y con el que nadie se atrevía a contender. Este es el principal motivo de mi satisfacción. Lo demás no tiene importancia. Tuve unas horas felices, de inspiración, de facilidad, y habría hecho con el taco todo cuanto se me hubiese ocurrido...

JUAN DEL EBRO

La Correspondencia
administrativa dirijase
al administrador de
LA CALLE
Plaza de Cataluña número 9, 2.º, 2.ª
Barcelona

PAGINAS FEMENINAS

MUJERES DE LA HISTORIA

LETICIA BONAPARTE

QUE era aquello? ¿Un caballero? No. Jamás cabalgadura alguna levantó a su paso tal nimbo de polvo, que al beso del sol naciente parecía una nube de oro que acariciase al que llegaba.

¿El que llegaba? Los que llegaban, pues que no eran uno, ni dos, ni diez, sino todo un regimiento de bizarros dragones, con su capitán, magnífico, con muchas plumas y muchos metales, a la cabeza.

Nunca en la pequeña aldea de la Toscana ocurrió suceso tan maravilloso, y así el vecindario «en masa», en la poco compacta masa de sus cincuenta y tantos vecinos, se plantó en la calle, a presenciarlo. Si bien es cierto que, a tardarse un cuarto de hora más no presenciáranlo sino los animalitos domésticos, pues que hombres, mujeres y niños, salían al campo, a ganar su pan, no bien el sol era servido levantarse.

Es decir... alguien más habría abierto la boca, ante la cabalgata: el padre Jerónimo Bonaparte, cura de la aldea, su criada, Matea, y Tomoso, el compañero, aunque tal vez estos dos últimos no prestaran demasiada atención, pues toda la tenían puesta en sus amores, que a no tardar muchos días iban a ser bendecidos por el clérigo.

Estábase el padre de almas en el corral, en «animado diálogo» con «Bianca», su más ponedora gallina, cuando llegó Tomoso a darle la insólita noticia:

—Ha llegado un señor capitán de dragones, con sus ejércitos, y pregunta por usted.

—¿Por mí?

Por él, por él, aunque le costase trabajo creerlo. Así lo había encargado Leticia Bonaparte, al emperador, que mandó a uno de sus ayudantes, para ofrecer un cargo bien retribuido al pobrecito cura, cumpliendo así el maternal deseo.

Jerónimo Bonaparte, restregábase los ojos, creyendo soñar, ¿Era posible aquella maravilla? ¿El pequeño Napo-

león, emperador? ¡Qué lejos estaba del mundo, la pequeña aldea de la Toscana!... Tan lejos, que en ella no se había oído hablar de consulado ni de imperio...

Mientras el oficial hablaba con el cura, su escolta — mozos aguerridos y dicharacheros —, «flirteaba» con Matea, que escuchaba las palabras de los forasteros con el embeleso de quien oye una dulce música nueva... Tan gratos eran a su oído, especialmente la de un gallardo mancebo, moreno y apasionado, que...

El diálogo del militar y el cura, fué interrumpido por la llegada de Tomoso, trémulo, balbuceante:

—¿Señor cura, señor capitán!...

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—Me ocurre, señor cura, que mi novia se ha escapado con un militar. Me ocurre, señor capitán, que quiero marchar a la guerra, ocupando la plaza que en su regimiento ha dejado vacante el desertor... ¡Aquí, no podría continuar viéndolo!...

Escuchó el padre y, con voz reforzada, ocultando el gran dolor que le abrasaba el pecho, dijo:

—Señor capitán: mi resolución, inquebrantable, está ya tomada. Tened la bondad de comunicar a mi noble pariente, la señora madre de Su Majestad el emperador, que este pobre ministro del señor, no quiere cambiar por todos los esplendores de la corte este rinconcito del mundo, donde vivió tranquilamente. ¿Qué bueno podría darme la vida que me ofrecen, si sólo por venir a ofrecérmela se han destrozado ya tres vidas? Id, id en hora buena, dad las gracias a mi noble pariente, y, ella y vos, idejadme en paz!...

Regresó el marcial cortejo, y quedó solo, para siempre, el

cura que, si por serlo casi en olor de santidad, no desdennó, sin duda, rezar por el bien de sus augustos parientes, no lo hizo, a buen seguro, con aquel cristiano entusiasmo que ponía al rezar por los humildes.

No era justo, empero. No lo era, porque Leticia Bonaparte, madre de Napoleón, fué espejo de mujeres humildes y sencillas de corazón; humildad y sencillez que la han hecho pasar a la Historia con una inmerecida fama de tacañería, por cómo es fácil a los historiadores confundir, a través del tiempo, la prudencia con la mezquindad.

Una mujer prudente: esto fué, sobre todo, Leticia Bonaparte. En efecto, la «signora madre», o «madame mère», como indistintamente era llamada, no se dejó nunca ganar por las horas de triunfo, ni desvanecióse jamás ante los esplendores. Sabía que ni uno ni otro podían ser eternos, y así más de una vez pronunció esta frase:

—Si esto dura...

«Esto», naturalmente, era el imperio, eran las victorias del hijo, el reparto de reinos y de principados, el esplendor de aquella corte en la que ella desempeñaba el profético papel de Casandra.

De origen humilde — no lejana humildad, sino modestia vivida en su propia y más inmediata familia —, había aprendido a saber cuán mudable es la vida y nunca aprovechóse de la esplendidez del presente, sino para asegurar un porvenir sin angustias a sí misma y a sus hijos.

Instalado Napoleón en las Tullerías, ella no quiso vivir en el antiguo palacio de los reyes de Francia y se fué a vivir con su hijo José, en una casita de la «rue» de Rosech; y cuando Luciano Bonaparte,

contra la voluntad de su hermano, marchó a Roma, ella marchó con él, pronunciando otra frase, que también la retrata fielmente:

—Mi puesto está junto a aquel de mis hijos que sea más desgraciado.

Coronado emperador Napoleón, Leticia fué nombrada «alteza imperial» y tuvo que vivir en el Hotel de Brienne, actual residencia del ministro de la Guerra, pues así lo exigía el millón anual que, como «lista civil», le había señalado su hijo.

Vivió, sin embargo, como siempre, modestamente. Y cuando, en cierta ocasión, Napoleón le preguntó:

—¿Cuándo os veré gastar dos millones al año?—, respondióle:

—Cuando me deis al año dos millones.

Así, por su espíritu no mezquino, sino prudente, cuando el rey José, mal de su grado, tuvo que salir de España y su hermano dejó el trono de Holanda, ambos acudieron al caudal de su madre. E incluso tuvo que acogerse a él, para pagar sus deudas más urgentes, el propio emperador, tras la desastrosa campaña de Rusia.

Sin embargo de la vida sin ostentación que llevaba, Leticia Bonaparte sabía mantenerse dignamente en su lugar, conforme pone de manifiesto la siguiente anécdota:

Un día, en una recepción oficial Napoleón le tendió la mano, como hacía con el resto de la familia en tales actos, para que se la besara. Ella, la rechazó vivamente.

—¿No soy el emperador? — preguntó Napoleón, sin disimular su orgullo.

—¿Y no eres tú mi hijo? — respondióle Leticia—. Pues si alguien ha de besar una mano, esa mano es la mía, y tú quien debes besarla.

Algo grande, sobre todas sus grandezas, hubo en la vida de Napoleón: Leticia Bonaparte, la mujer que lo había llevado en el vientre.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

NO puede decirse, como pretenden algunos, que la cremación de cadáveres sea un signo de la civilización moderna.

Antes de la Era Cristiana, fueron incinerados los muertos. Estaban en lo cierto nuestros semejantes de la Edad Antigua.

La piedad y la buena memoria que se debe a los familiares que dejaron de existir, nada tiene que ver con la conservación de los muertos en nichos, en tumbas, en criptas, embalsamados o no, porque en esos departamentos se quedan casi siempre sin visita alguna. El olvido, unas veces, y la lógica, otras, motivan esa ausencia.

En realidad, los muertos, fisiológicamente, no representan otra cosa que una gusana inmundada. En los ataúdes, la carroña y la podredumbre proclaman la inutilidad del estuche macabro. La higiene nos dice, de acuerdo con la resistencia física, que los muertos no pueden estar junto a los vivos. Los que más se quisieron en vida no pueden soportar la compañía del amado convertido en cadáver.

La descomposición de la materia delega en la memoria y en la voluntad el cariñoso recuerdo que merecen nuestros dilectos amigos y familiares.

Viene todo esto a propósito de haberse discutido en el Ayuntamiento de Barcelona una proposición patrocinada por las izquierdas pidiendo que se aplique el Decreto de 8 de enero de 1922, «Gaceta» del día 9, referente a la incineración de cadáveres o de sus restos.

Las derechas, por motivos religiosos, han combatido la proposición. Son consecuentes con sus ideas, con la concepción doctrinal de su confesionalismo.

Los católicos creen en la llegada del juicio final. Los que esperan la aurora que ha de alumbrar apocalípticamente el valle de Josafat, no admiten la destrucción de los cadáveres, porque sin ellos las almas, llegada la hora de la liquidación suprema, no podrían ocupar sus respectivos cuerpos, aunque éstos estén sepultados bajo tierra y la materia sea huesos calcinados, polvo, nada.

La Iglesia católica enterró bajo las losas de sus templos a los magnates de la nobleza y del clero, a los plutócratas, a los ricos, de los cuales dice el Evangelio que es más fácil pase un camello por el ojo de

INTOLERANCIA RELIGIOSA

La cremación de cadáveres y el valle de Josafat

una aguja, que entrar aquéllos en la celeste mansión.

Los reyes, en su soberbia, se hicieron labrar magníficas sepulturas, en cuyas entrañas fueron pasto de la carroña.

En España, el Escorial es la representación más alta de la vanidad humana. El pudridero que levantó Felipe II para él y sus sucesores, reyes e infantes, es un recuerdo de la preocupación faraónica, que empleó tantas energías en la

edificación de las pirámides, tumba de Sesostri y Tutankhamen, en la conservación de cuyos cadáveres se creía asegurar sus restos mortales para la nueva vida, depositándose en los sarcófagos joyas, perfumes y alimentos.

Inútil esfuerzo ese de disputar a la Naturaleza el cumplimiento de su ley inexorable, porque todo se transforma en su crisol inmenso para adoptar nuevas formas en la

variedad infinita de la materia.

Los sectarios sienten helarse su sangre ante la idea de incinerar a los muertos, pensando en la imposibilidad de comparecer los que fueron, a las llamadas de la trompeta del ángel que ha de actuar el día del juicio final. Esa preocupación, muy lógica en ellos, ha de extenderse a los que la Inquisición quemó en vivo, a los herejes que se tostaron en las piras llameantes y siniestras que encendió el fanatismo homicida.

En la tierra del camposanto, en la fosa común, se confunden los huesos pulverizados que fueron armadura de la carne sepultada en corrupción. En el fondo del mar se hundieron miles de naufragos, siendo pasto de los peces y de los monstruos marinos. En las selvas y en el desierto, las fieras devoraron a seres humanos. En las minas perecieron asfixiados, aplastados y quemados miles de trabajadores. En los incendios que estallan en las viviendas y fábricas mueren carbonizados muchos seres. Calderas y barrenos que estallan inopinadamente mutilan y destrozan.

¿Qué sería de todos estos desdichados si no podían reconstituir su individualidad para presentarse en el valle de Josafat?

Respetables son todas las ideas y de buenos demócratas es la tolerancia con las ajenas opiniones. Los católicos no opinan así. Son intransigentes, intolerantes, sectarios a ultranza.

Los demócratas establecen la cremación de cadáveres, pero no la imponen. Los católicos no admiten la incineración, para ellos ni para los demás que la deseen en uso de su derecho.

Los republicanos, en cambio, respetan la voluntad de los preocupados en sus preceptos dogmáticos. El tiempo encargará de convencer a todos los ciudadanos de la inutilidad de los cementerios, visión fúnebre mantenida por el rutinarismo de los espíritus gregarios que las conciencias libres destruirán con el triunfo del racionalismo.

Entre tanto, dejemos que los muertos entierren a sus muertos y funcionen aquí, como en muchos cementerios del extranjero, los hornos crematorios para los que conocen la composición y el destino del cuerpo humano.

SILUETAS DE MUJER

ELISABETH MULDER

SILUETAS de mujer, he aquí lo que me propongo fijar en estos breves artículos; imágenes femeninas, débiles apuntes en los cuales el valor del dibujo se deberá sólo al reflejo que sobre la albura de las cuartillas proyecte la figura esbozada.

María Luz Morales, Rosa Arciniega, María Teresa Vernet, Antonia Salvá, María Verger, Ana María Martínez Sagi, Emilia Furnó... Mujeres con alma de artista, cuyas producciones son goce y deleite para los espíritus selectos.

Hoy, prelude esta galería de siluetas femeninas con el armonioso nombre de Elisabeth Mulder.

Y no es ciertamente porque pretenda descubrir la portentosa obra de esta escritora, ya que de ella se han ocupado críticos prestigiosos, sino que anhelo bocetar su interesante personalidad, ya que ella se destaca, en el mundo femenino, con el violento escorzo de una figura escultórica, que bien hermanaría con las sublimes creaciones de Gabriel Miró.

Porque Elisabeth Mulder, al igual que la Beatriz de «Las cerezas del cementerio», está llena de gracia y de misterio, y, como ella también, la creeríamos una princesa de conseja, una princesa que vive enamorada del agua, por eso suponemos que sus flores preferidas deben de ser los lirios y los nenúfares.

Elisabeth tiene los ojos verdes de tanto espejarse en el cristal de los lagos. Ella contempla el azul en la taza blanca de los surtidores y siente ansias de «beberse el cielo», de sorberlo en la oquedad de su mano chiquita y enjoyada... Por esto, su aristocratismo trasciende a su prosa limpia y diáfana, como sus versos de maravilla.

Es en vano que se intente comparar a Elisabeth Mulder con poeta alguno, pues que no hay comparación posible, ya que sus versos son «versos suyos», sin influencias líricas de vates celebrados... No evoquemos a Baudelaire, ni a Verlaine, ni a Delmira Agustine, ni a Gilka Machado, ni a Gabriela Mistral, ni a María Enriqueta, ni a Juana de Ibarbourou, ni a Alfonsina Storni, cuando hablemos de la Mulder, porque su lirismo surge como un penacho, cual un ación coruscante y magnífico en la lírica hispana...

¡Dolor!..., desesperanzas, nostalgias, saudades, anhelos insaciables de beatitud suprema... ¡Amor!... He aquí los sentimientos que espolean el alma de esta mujer, que en su radiante juventud ya merece el calificativo de poetisa gloriosa.

¡Elisabeth Mulder!, silueta ondulante como el agua, o como una llama...

Regina OPISSO

Lorenzo PAHISSA



Veíanse por las mañanas, apenas el sol charolaba la superficie tranquila y vaporosa del mar. Con el corazón palpitante, aproximábase Pablo a la verja del jardín, entre cuyas flores, como una más, más olorosa y dulce, asomaba el rostro de ella, resplandecientes los ojos azules de una felicidad que el muchacho, todo corazón, no podía comprender.

—¡Nos vencerán, Magda!— sollozaba a veces, oprimiendo entre las suyas las manos gorduzuelas y pequeñas de la niña—. Tienen un arma poderosa en sus manos y la emplearán cuando sepan que nos queremos... ¿Acaso tú podrías resistir la ausencia?... No, nos separarán.

—Te atormentas inútilmente. Debes creer en mí y saber que si no puedo quererte por culpa del dinero, yo sabré despreciarlo cuando llegue el momento—interrumpíale Magda, afectando una seriedad grave y triste que no sentía—.

Y por fin, un día..., Pablo tuvo que presentarse en la Comandancia de Marina, de donde salió ya con rumbo a Cartagena.

Con la imagen de ella grabada en el corazón, visitó países, puertos ignorados que más ejercían su fascinación con la distancia. La imaginó siempre prendida de su brazo por todas las calles donde paseó su soledad triste y hurafía. Quería para ella un mundo de oro, un paraíso forjado por el deseo en su imaginación.

Sometido a la férrea disciplina militar, a veces despótica, supo de las rebeldías; sometido a ver sucumbir su amor a causa de su pobreza, supo de los odios y los deseos de venganzas.

Todos sus actos obedecían al impulso y no era amado por sus compañeros, quienes conocíanle con el sobrenombre de «el viejo».

¡Le gustaba el calificativo!... Sí, era un viejo de diecinueve años que en su aldea, sin problema alguno que turbara la placidez romántica de su alma, habría sido bueno, y que ahora, maleado por la vida, horrorizado por la grandeza de un problema que quizá en realidad no existía, notábase poseído de un odio salvaje y destructivo.

Así, lentos, inacabables, pasaron tres años...

II

Con indescriptible ansiedad esperó Pablo la vuelta del verano. De pie en la barca, el

I

LEGA el verano y con él los rencores en aquel minúsculo pueblecito de la Costa Brava, donde la naturaleza, pródiga, ha esparcido sus bellezas en líneas semidifusas de paisajes ensoñadores, en la majestuosidad de sus rocas costeanas, en el azul puro y tranquilo del mar, apenas movido por la brisa, y en el lujuriente verdor de su campiña montañosa y espléndida.

Con los primeros veraneantes, con los primeros seres a quienes el dinero les permite llegar allí a hacer durante unos meses la vida inútil del parásito, el pueblo se ve moralmente desposeído de todo lo que es suyo. En sus bailes, en sus diversiones todas adivínase la gran distancia que les separa, «la clase», y nadie procura acortarla, orgullosos en su pobreza, los unos; despreciadores, indiferentes, con la suficiencia que les presta su educación de estar acostumbrados a explicarse el «no necesito a nadie», los otros.

Sólo uno, Pablo Gual, el gran «revolucionario», el mozo que hace poco llegó con la «absoluta» en el bolsillo, desquiciando al pueblo con sus «utópicas» doctrinas, nostálgicos sus ojos de aquellas encantadoras regiones ignotas apenas rozadas por el buque en que prestó el servicio militar, espera con indescriptible ansiedad la llegada de los primeros soles estivales.

Sus veintidós años, la fuerza ilusoria de su juventud grita en su pecho forjado potente por el esfuerzo continuo del trabajo, tostado por el yodo del mar y en donde el anhelo, la utopía, prende su mágica llama, inconsciente del dolor profundo que aguarda al despertar.

Antes de partir, Pablo tuvo en el pueblo una novia. Era ella la hija de unos señores poseedores de grandes negocios allá en la capital, y cuando, al llegar el verano, iban al pueblo, la madre del joven prestaba sus servicios como ama de llaves en la quinta que allí poseían.

Llamábase Magda y contaba a la sazón dieciséis años. Habíanse criado juntos casi; los sueños, las ilusiones de aquellas dos almas infantiles que surgían a la vida iban hermanados y así no fué extraño que un día, uno cualquiera, cuando tras las montañas hundíase lentamente el sol y una bruma azulosa y cálida comenzaba a extenderse sobre el mar empañando la limpidez de su verde claro, Pablo, que con ella del brazo, paseaba al pie de la conflagración rocosa que, como un ingente centinela recortaba, su mole parda, destacando sobre la altura brillante de la arena, se detuviera, mirándola a los ojos. Un mismo pensamiento les acercaba y ella dejó caer la cabe-

za sobre su pecho. Entonces, lentamente, sin una frase, con un suspiro que algo tenía de sollozo y que bien hubiera podido decir «te amo», sus bocas juntáronse en un beso largo, mudo y casto...

Los padres de Magda percibieron pronto del interés que mostrábase ambos jóvenes, y deseosos de evitarse un disgusto, prohibieron a la chiquilla toda clase de relaciones con el hijo de aquella... pescadora.

Nada pudieron; la vehemencia exaltada del primer ensueño dominaba a su frío cálculo y los jóvenes continuaron viéndose cada día, jurándose, llorosos, un amor que la ilusión hacía parecer indestructible.

Sin embargo, ya estaba echada la semilla y cayó sobre un pecho hecho fértil por la desesperación y la impotencia. Pablo dejó de ser el muchacho alegre y emprendedor que todos conocían. Continuaba yendo a la pesca en la lancha de su padre, pero sus movimientos habían perdido el ritmo y el vigor.

Cuando las sombras envolvían al caserío encaminábase ya, arreglada los aparejos con desgana y lanzábase al mar, adquirida por la costumbre la seguridad que en él tenía, sin lograr poner en orden todas las rebeldías que, en confuso tropel, acudían a su cerebro de niño, ofuscado por el dolor de sentirse débil y vencido.

"EL JUDIO INTERNACIONAL", por Henry Ford. Versión española de Bruno Wenzel. Tercera edición, revisada y corregida por Guillermo Rodríguez Ruiz. "Hammer Verlag", 1932.

LA influencia judía en los destinos del mundo ha sido en todas las épocas preponderante y, a veces, decisiva. Para que un pueblo, desterrado de su patria desde hace cerca de veinte siglos, haya podido conservar sus costumbres, su lengua, su religión y demás características principales, ha de estar dotado de una energía realmente extraordinaria, circunstancia que quizá no encontraríamos tan arraigada en ninguna otra raza que en la judía.

Henry Ford, el magnate de la industria yanqui, ha em-

BIBLIOGRAFIA

prendido en este libro una valiente cruzada contra los manejos del judaísmo, que esgrime con mayor tesón que nunca su programa de dominio internacional.

Con amplia documentación y abundantes citas de obras y folletos, Henri Ford pone al descubierto el peligro que representa la preponderancia judía para la actual civilización. La poderosísima organización bancaria y periodística que han establecido en casi todos los países importantes, pero, de un modo principal, en Norteamérica y Alemania, queda estudiada y demostrada en las páginas de este libro. Hoy, que el problema de la estabilidad monetaria adquiere tanto interés, es curioso comprobar, como lo

hace Henry Ford, que la mayor parte del oro se halla, no en manos del Estado Norteamericano, sino de los bancos judíos. A lo que podría añadirse que su competidor en la lucha del oro, Francia, tiene una organización bancaria, y aun industrial y política, genuinamente judía.

La conexión estrecha que existe entre el bolchevismo y el judaísmo, ya estudiada por otros autores—Lucieto entre ellos—, queda ampliamente demostrada en el libro de Henry Ford, cuya resonancia en América y Europa fué tal que causó algunas contrariedades a su autor, a algunas de las cuales hace referencia en el transcurso de su obra.

Por todo lo que antecede,

"El Judío Internacional" es una obra interesantísima, escrita con claridad y soltura, que constituye un excelente punto de referencia para todo el que quiera estudiar los actuales movimientos judíos, tan activos y extensos. Indudablemente, a ningún político, a ningún sociólogo, a ningún economista, puede pasar por alto la influencia hebrea en la guerra mundial, en la revolución rusa de 1917, en la alemana de 1918, e incluso en la actual crisis industrial y económica.

La tercera edición de esta obra, que acaba de aparecer, ha sido cuidadosamente revisada y corregida por Guillermo Rodríguez Ruiz, que acredita una vez más sus profundas dotes de filólogo.

cuerpo inclinado sobre la proa, cual si quisiera anticiparse a su correr lento, el joven, cada mañana, al volver de sus correrías por el mar con la lancha repleta de pescado, miraba ansiosamente hacia las cerradas ventanas de la quinta, esperando con indefinible emoción el momento de ver «su» figura esbelta y grácil, asomada en ellas, como antaño, revoleando un pañuelito blanco, cándida paloma de bienvenida.

Su padre y los demás pescadores mirábanle en silencio. Todos lo ignoraban; sin embargo, aquel silencio era una prueba elocuente de que comprendían.

Un día..., Pablo supo que había llegado y, palpitándole locamente el corazón, fué en su busca.

De lejos, paseando por la Rambla que bordeaba el arena lustroso de la playa, la vió avanzar apoyada en los brazos de unas amigas, riendo y bromeando con aquella su voz cristalina y armónica.

Más que verla, Pablo la advinó. Su rostro oval, blanco y dulce como el azul claro de sus pupilas, en nada había variado. Sobre la frente, la negra y abundosa cabellera formábase un marco espléndido, cayendo en ricillos locos que voleaban al viento.

Cuando estuvo cerca de ella, Pablo la llamó:

—¡Magda!... ¡Magda!

La joven se detuvo un momento, sorprendida, mirándole fijamente. Su fruncido entrecejo denotaba el esfuerzo que

hacía para recordar... Por último, pasado un minuto, que al muchacho pareció un siglo, ella exclamó alegremente:

—Calla... ¡Si es Pablo!

Y con fría naturalidad le tendió una mano. Las amigas saludaron inclinando levemente la cabeza, continuando solas su paseo. Pablo hacía esfuerzos para contener las lágrimas.

¡Cuán pronto me has olvidado, Magda!—lamentó con infantil quejido.

—¿Pronto?... No, amigo mío, no te he olvidado, pero tres años son mucho tiempo.

—Tienes razón. Son mucho tiempo para la mujer que sólo se acercó al hombre deseosa de descorrer el velo de lo ignoto. Son mucho tiempo para quien no...

Interrumpióse ante la irónica mirada de la joven. Esta preguntó:

—¿No, qué?

—Ha amado.

—Quizá. Sin embargo, no es mía toda la culpa. ¿Porqué te fuiste?... ¿No temías que nos vencieran? Comprende que estando yo sola les fué más fácil la labor.

—¡Hasta el punto de hacerme olvidar las líneas de mi rostro!

—Hasta ahí—afirmó Magda con energía; luego, levantándose del banco donde estaban sentados, prosiguió, procurando dulcificar el tono de su voz: ¡No nos entendimos, Pablo! En nuestro juego de niños, tú idealizaste y yo soñé. Eso es todo, y ya sabes cuán fácilmente olvidanse los sueños a los dieciséis años.

Con la cabeza abatida, derramando silenciosas lágrimas, Pablo la vió marchar, cimbreante el cuerpo escultural.

Un impulso indefinible impelió a levantarse para correr en pos de ella y golpearla. Sentía el alterado latir de su corazón y sus pulmones respiraban dificultosamente.

Por último logró levantarse y, vacilante, ebrio de un dolor loco e inexplicable, dirigióse a su casa.

Apenas cerró la noche, salió de ella. Ocultándose como un ladrón, llegó hasta la playa y, con un esfuerzo titánico (el poder que dáale la desesperación), arrancó la barcaza de la arena, botándola al mar.

La noche era amenazadora y las olas rugían siniestramente. El pecho de Pablo, levantado por el odio salvaje que le poseía, impedíale oír el pavoroso rumor del mar enfurecido.

Nadie supo más de él...

Pedro Más de Valóis

la calle

Boletín de suscripción

D. que vive en
 calle de pueblo de
 provincia de se suscribe por
 a la calle. Firma

Remítase este Boletín a la
 Administración de LA CALLE,
 Pl. Cataluña, 9.—BARCELONA

REJILLA DEL ARTE

SEGUNDA PARÁBOLA DE LA EXPOSICION DE
PRIMAVERA 1932

LOS que vivimos una inquietud, tenemos dos motivos: lo trágico y lo cómico!

Este es el esquema de la tragedia, de lo trágico: La tragedia se concentra en el dolor. El dolor en el sujeto, objetiva el sentimiento individual hasta elevarlo a la categoría de sublime. Objetiva así: «llevando el espíritu del espectador al momento del dolor en el actor». (En lo trágico la idea se sostiene sobre un eje de dos polos: el que «sufrir» la tragedia, y el que la ve «sufrir». Aunque nadie se dice trágico, es corriente la expresión: —«¡Qué trágico estaba aquél!» o —«¡Qué trágico estaba aquéllo!») ¿Y por qué nos conmueve el dolor de la tragedia, que se ve en otro, que no es nosotros? Porque lo creemos nosotros mismos. Es el sentimiento del valor propio, objetivado; a la vista del dolor de la tragedia del otro nos sentimos nosotros mismos abstractizados, sentimos en grado sumo lo que se llama vulgarmente ser hombres. (Así se explica que algunas veces el sufrimiento de un hombre pueda tornarse en un objeto de agrado nuestro. Por ejemplo, el que llora ante una escena teatral, fingida, y llora... ¡y hace reír!)

Lo cómico tiene otra definición, algo parecida, pero algo distinta: lo cómico es trágico pero impotentemente. Lo cómico tiene un carácter de pequeñez, de insignificancia, que quiere ser algo grande, algo importante. Este retorcimiento desde la pequeñez hasta la grandeza suyo nos lo hace parecer o una nonada, o una agudeza. El fundamento del placer de lo cómico está en: que «esperando» algo importante (por esa nuestra inclinación a gustar de la sublimidad), se origina en nosotros un gasto de fuerza psíquica, que luego, aun viéndonos defraudados, perdura por la gracia o trabajo mental que hace el actor de lo cómico, o el que «sufrir» lo cómico. (Esto no impide que a veces sean las circunstancias las que motiven el que una cosa, de por sí no cómica, nos agrade como cómica).

RAZON DE LA SUGERENCIA

El prologar esta segunda revolución de mi parábola con unas apreciaciones más de lo trágico y lo cómico no se debe a otra cosa que a una razón

explicativa del por qué yo «me río» (¡humorismo!) ante una cosa tan importante como una Exposición de Primavera que—según los artistas expositores—es algo «sublime». Naturalmente yo esperaba algo... «sublime»—como cabe esperar del arte... en impersonal—, y... el gasto de fuerza psíquica mío que tenía que haberse cumplido con el reconocimiento, al verse defraudado, ha soltado el trapillo de la carcajada. Soy muy exigente. ¡Mi carcajada no es ofensa, no! ¿Sé yo si se ha buscado al preparar las obras expuestas esta reacción del humor para los espectadores? No lo sé. (Sí sé de Masriera que lo ha intentado. Alguien me ha dicho que Masriera con su cuadro «Quan s'está cansat» ha querido burlarse de los sintetistas.

—¿Sintetismo? ¿Sí? Pues bien, cuando se está cansado... nada mejor, ni más «sintético» que una habitación (bien sintético, una—1—) y una silla (una—1—) en medio (el medio que es un punto) (uno—1—) y la luz que se refleja sobre la silla (una luz, una—1—, unificada).

(Pero ha dado la maldita casualidad que todo el mundo se ha parado ante este cuadro, y se ha reído y no de los sintetistas. ¿De quién, entonces).

Siempre ha sido un esclavo de los motivos.

DESCONGESTION POR EL HUMOR

Decíamos ayer... (luego me tacharás, de escritor no clásico, o anticlásico) que hay que descongestionarse con el humor después de un peripatetismo filosófico.

Y digo hoy... (ahora soy romántico) que cuando haya motivos

Como creo que los hay, es cuestión de apreciaciones, comienzo.

COMIENZO

A) Yo en lugar de Arrufat Rojas me hubiera bebido el vino o el champagne (o lo que sea) de su «Bodegó II».

B) A aquella «Composició» de Calsina en que se pega a una mujer, y se le inflan y desinflan los pechos elásticamente a tiro de dientes, en vez de «Composició» yo le hubiera ti-

tulado: «La maté porque era mía».

C) Resulta que para Cenac «Febrer» es un guitarrero. ¿Con cuantas cuerdas? ¿Habrá una de repuesto, sin duda, para los años bisiestos?

D) Y ¿qué decimos a Teresa Condeminas Soler, por su «Nu» (desnudo)? ¡Oh! ¡la Condeminas! ¡Es un desnudo que está bastante desnudo! Escribo metafísicamente.

F.) Conclusión de Narciso Doménech: Las arenques en el plano de un bodegón van en fila como si fueran personas.

G) (Aunque sea amigo mío, ¡pero no importa! ¡Aunque me gusta el cuadro artísticamente! pero el título tan rimbombante no me deja callar) «El meu pare», de Durán Billsa.

—Para ser «su padre»... no está mal.

H) No hay derecho a decirse cosas al oído dos mujeres, cuando van solas (a l'Entrada d'Hostalrich). ¿Entendidos, Francisco Guinard?

I) La «Figura», de Carlos Llobet Raurich, ¡no está resuelta, no está resuelta!

J) Concepción de un bodegón de Marsá Figueras: ¡sandías y melones! ¡A veinte el kilo!

K) No falseemos las calificaciones. «Taronges» (naranjas) no pueden ser una naranja y un limón. El plural por lo menos son dos, ¿no?

(No coincide el número pegado al cuadro «Figura verda», de Martínez Cabezas, autor de «Taronges», con la indicación del catálogo: aviso a los organizadores de la Exposición.)

L) Señor Masriera, ¡pero en «Carnaval» hay también tanto payaso?

M) ¿A quién representa el «Retrat», de Pere Segimon? ¿A un obispo en casa fumando puro?

N) Delante de «La Vissió», de Eduardo Solá Franco (el «niño prodigio» que ha escandalizado... y se han desmayado de escándalo 222 nenas, pérfidamente nenas! ¡Si supieran que el autor tenía quince años, respondo que no lo hubieran hecho!

O) Por lo general, no se da el caso de «dones de la mona». ¡Me interesaría saber

el sexo de la «mona» del cuadro número 185, de Vidal Molné!

P) Voto por las maternidades cortas o medio-cortas. Bas Gelabert vota por las maternidades largas. Ej.: su escultura «Maternitat».

Q) Estos toros hacían falta (toros de la «Cursa de bous» de Coll i Pi), que jueguen a equilibristas, pasando tranquilamente caballo y picador, primero de un cuerno al otro cuerno, pero que los cuernos no se clavaran y los espectadores de la corrida aplaudieran. ¡Olé!

R) A Cuairán le aconsejo un oficio: el de comisionista de mantequilla o vaselina perfumada. ¡Para sus animales le irá bien!

¡Pero son tercera medalla en Madrid!

S) Instantánea ante el «Cap de raça», de Gimeno Blanes: «¡Negra! ¡Negra de mi vida! ¿Quién te quiere a ti?» Consejo ante el «Extasi» del mismo: «cuando queráis estar en éxtasis, os echáis a dormir».

T) A los treinta años no hay mujer desnuda que esté en «Crepúsculo». ¿No lo sabrá Marés Deulovol? ¡Pues, sépalol! ¡Claro, si Déu lo vol!

U) Señor Bru Salelles: ¡Válgame Dios! ¡O el diablo! «¡Cuánta paciencia!»

V) Las casas de cartón del «Dia de neu», de José Aragay, las podía vender él, para los Belenes o Nacimientos de 1933.

X) Rafael Benet expone una «Pintura». ¿Pintura de qué? Los pajaros, cansados de volar, ¿se dedican a torear a los automóviles, señor Benet?

Y) Casio Boadas Matas: 13: «Vores de Loing a Moret». ¡Cuanto se advierte la influencia del 13 fatídico! ¡Cuánto!

Z) «Ensayo para un retrato de mallorquina», de Pere Daura. ¡Se ve que es un ensayo!

Como acabó un alfabeto, tomo... otro. Y sigo:

a) «Possible retrat d'infant», de Gali Fabra. ¿Y por qué no imposible? ¡Hubiera sido más sonoro!

b) Elvira Homs: «La noia del llibre». ¡Pobre noia! La del libro, ¡no Elvira!

c) César López-Cañete ha creído que es lo mismo una «Composició» que una descomposición. ¡Cuando se dé cuenta verá que no es lo mismo!

PARIS - LA CALLE

TEMPESTAD EN AMERICA

AMERICA, en este caso como en tantos otros, es lo mismo que decir Estados Unidos. La del Sur, hija de España, tiene muy reducida su importancia internacional. Y más le vale. Porque en los tiempos que corren no hay riesgo más grave para un país que su contacto político con los demás países.

Pues bien, la América que se descubre desde París, la América que en estos días está descubriéndose a los franceses, constituye el espectáculo más horrible de la civilización. De seguro que Maurice Dekobra, a su regreso, hará revelaciones sensacionales. Maurice Dekobra ha ido allá en busca de la muchacha hipotética a la que él mismo denominó "Miss Miami". Quiere saber si realmente le es posible a una americana joven y bella enriquecerse sin menoscabo de su virtud. París, novelero, literatizante e imaginativo, ya ha dado realidad a Miss Miami, anticipándose a Maurice Dekobra. Miss Miami es, desde hace unos días, una invención francesa. Ya se anuncia su aparición en un baile de "midinettes". Dentro de unas semanas suspirarán por ella los faunos del Bois de Boulogne y los exploradores eróticos de la rue de la Paix. Tendrá su "couplet" y una "boite" en Montmartre, como lo tuvo Josefina Baker.

Es tan acelerado el ritmo de la vida intemperante que la intención de Maurice Dekobra ha sido resuelta antes del regreso de éste a París. Resuelta por una realidad urgente. Esta realidad permite hacer la afirmación de que Miss Miami no existe, a lo menos tal como Maurice Dekobra hubo de concebirla. Miss Miami no es sino una aventurera a la americana, tan vulgar en el fondo como cualquier profesional ambiciosa del viejo continente. Pero incapaz de ninguna flaqueza del corazón. Es decir, con mejores armas para el triunfo.

Las últimas noticias llegadas a París desde Nueva York nos informan, además, del terrible drama nacional de que ahora hablaremos, algo de lo que Dekobra descubre cada día. Parece ser que las girls americanas que hemos supuesto sobrias, austeras y rígidamente morales, se emborrachan en sus nidos tan concienzudamente como los cargadores del puerto. La responsabilidad de esta afirmación incumbe provisionalmente, no a Maurice Dekobra, que de seguro ha de confirmarla, sino a otro colaborador de "Paris Soir", que, adelantándose al regreso del arbitrario novelista, ha ofrecido a su periódico unas anticipaciones interesantísimas.

A su virtud, sabemos todo esto y algunas cosas más, demasiado terribles. Al fin y al cabo, este nuevo descubrimiento de las "girls" es cosa que no tiene mucha importancia. En el fondo, no habíamos creído nunca en la virtud de esas chicas, cuyas desnudeces y cuyos ritmos realmente perfectos

d) Pascual Ribera es el que ha hecho el «Retrat» ¿a Companys? ¿Ha sido él? Aquí, entre amigos, ¿el «retratado» es Companys o no?, porque lo parece.

e) Demasiado muerta la «Natura morta», de Enrique C. Ricart.

f) Aclaremos: ¿A Sandalinas no le ha hecho aún daño la luz! ¡No!

g) Una pregunta: ¿Soler Diffent es tapicero?

h) Galí: «Estació». ¡Iida y vuelta!

i) ¿Qué tiene («A la platja» de Isern Alié) aquella mujer en la mano?

j) Señor Sanabre, usted sabe muy bien pintar «al betún». ¡Pero que muy bien! A ver, ¡enséñeme usted las botas! No las punteras, ¿eh?

TERMINO

He acabado la farsa sobre la Exposición de Primavera 1932. Perdónenme las estridencias, todos a los que hayan alcanzado. Y el público...

Si he tenido o no razón ¡Pschi! ¡Pschi! ¡Pschi!

Que se baje el telón (¿Qué? ¿No lo han oído?) ¡Que se baaaje el teelón!

Augusto TUBLUPINE

sazonan de modo irremplazable las revistas del Casino de París. Pero ante la trágica realidad de otras convenciones de Nueva York que afectan al mundo, el desencanto de las "girls" no significa sino un nuevo aspecto de su pintoresquismo.

Ahora bien, lo terrible es que en víspera de unas elecciones generales, se encuentra los Estados Unidos con unos presupuestos cuyo déficit es de "mil setecientos millones de dólares"; con más de diez millones de hombres sin trabajo, y con el audaz quebrantamiento de la ley que supone la existencia en sólo Nueva York de más de veinte mil depósitos clandestinos de bebidas alcohólicas. Si se agrega a este hiperbólico número el de los establecimientos en las otras ciudades de la Unión, habrá el suficiente para que realmente no sea excesiva la afirmación de quienes aseguran, afianzados en el testimonio de los mismos yanquis, que en cuanto al régimen seco, más de la mitad de los habitantes de los Estados Unidos quebrantan la ley todos los días.

¿Y cómo es posible aceptar que un pueblo que por hábito y por especulación vive irremediamente fuera de la ley, se atribuya significaciones representativas en las normas modernas de las civilizaciones? No obstante, es así. Lo parisienses han tardado demasiado tiempo en descubrirlo, pero ya lo saben. Y saben también que en el fondo esta realidad significa la putrefacción de un régimen.

Porque este es el problema: las expresiones de tal estado de cosas son el último límite del capitalismo. El "gangster" no es sino un esplendor menor hábil que los que hacen sus negocios en las Bolsas o en las notarías. Estos conocen los pliegues que en la ley son aprovechables como magníficos puestos para la caza de la fortuna ajena. Y los "gangsters" proceden simplemente como cazadores furtivos. En el fondo, es igual. De lo que se trata es de enriquecerse pronto y con la mayor largueza posible. Y como en cada país no hay sino una cantidad de dinero determinada para el servicio de todos los ciudadanos, es indiscutible que cada uno de los que se incorporan a la riqueza de hombre afortunado procede de otro que va empobreciéndose.

En América, la especulación, los "gangsters" y el maquinismo son los verdaderos orígenes de esos diez millones de hombres sin trabajo que debieran ser el exponente del remordimiento nacional.

Ante todo esto, ¿qué importancia tiene Miss Miami? Pero, por otra parte, va a llegar a París cuando los parisienses han empezado a conocer las primeras desnudeces vergonzosas de Nueva York. América, que hasta el presente parecía situada al margen de la inquietud social, principia a incorporarse a ella. Después de todo, es allá donde tuvo su origen la superproducción que fué, primero, causa de la Gran Guerra y puede ser, en un mañana próximo, causa del derrumbamiento del mundo.

Esto es lo único que pueden producir los pueblos jóvenes. Es decir, sin espíritu, sin historia y con una ambición desproporcionada y apremiante.

Ceferino R. AVECILLA

París, 1932.

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho, a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

POR ESOS MUNDOS

LA PEREGRINACION DE EDA WRIGHT,
LA NEGRA

EDA Wright es una negra corpulenta, inteligente y terrible que acaba de desembarcar en Europa. Viene a buscar aquí a la Justicia. Es de temer que no la halle, como no la halló en los Estados Unidos. La Justicia se oculta de los hombres en todos los continentes.

Esta pobre mujer de color ha dedicado su vida a la defensa de la de uno de sus hijos y a la de la libertad del otro. Todo ello a título justo. Los dos fueron condenados por los tribunales del Estado de Alabama, hace muy poco tiempo. El uno a muerte. El otro a cadena perpetua.

Tal es la tenacidad y tanta la razón que la existe, que el Tribunal Supremo de Washington acaba de acordar la revisión del proceso. La pobre madre negra lo ha sabido al llegar a París, donde ahora está.

Eda Wright ha atravesado el mundo acompañada de sir John Louis Engdahl. Va vestida con una túnica que la da el aspecto de un peregrino. Es, en realidad, imponente. Los periodistas la asedian. Todos guardan de Eda Wright el recuerdo de sus ojos de viva mirada, el de su sonrisa triste, el de sus dientes blanquísimos y el de su rostro de bronce. Ante ellos contó la historia trágica de lo sucedido, en inglés, que es el único idioma que conoce. Y la historia es esta:

El día 25 de marzo de 1931 un tren de mercancías de los que en el Estado de Alabama unen Chantiga con Memphis, iba cargado de infelices que viajaban en los vagones sin billete. Eran muchos. Hombres blancos y hombres de color. Discutían. Cantaban. Mezcla de alborozo y de malestar.

Inesperadamente surgió una riña. Una riña entre un blanco y un negro. E inevitablemente los hombres y las mujeres de las dos razas tomaron el partido de los suyos. Llegaron revisores y jefes. Estos, que, naturalmente, eran blancos, hubieron de determinar la expulsión de muchos negros de la plataforma en que viajaban. La policía, avisada por los empleados del tren, detuvo en la estación de Pain Rock a muchos de aquellos negros.

Cuando todo parecía terminado aparecen dos muchachas blancas, que acuden al cuartel de la policía. Y en él denunciaban que unos negros los acababan de atropellar.

La instrucción del proceso, como ocurre siempre en América en casos semejantes, fué muy brevísima. Como consecuencia de aquella denuncia se procesó a nueve negros. De estos nueve negros, fueron condenados a muerte siete. Entre estos siete está el hijo mayor de Eda Wright, que tiene diecinueve años. Y uno de los otros dos negros que han de cumplir cadena perpetua es su hijo menor. ¡Este cuenta catorce años!

El próximo día 24 fué el escogido por la Justicia para la ejecución de la sentencia, no se sabe si porque ese día celebra el mundo a San Juan, a quien también se degolló por razones justamente opuestas a las que, al parecer, sirven de justificantes ahora a los verdugos americanos. Por fortuna, la revisión acordada en estos días libra de máculas sangrientas al día de San Juan en los Estados Unidos.

¿Pero son inocentes los negros condenados? Todos los indicios lo dan a entender. Una de las muchachitas blancas que les acusó hubo de rectificar al fin sus primeras declaraciones. Pero Eda Wright no está aún satisfecha. Ahora

ha dicho a los periodistas de París que fueron a visitarla a Menilmontant, en donde momentáneamente vive en medio de unos hombres con gorros hasta las cejas y de unas mujeres con pañuelos de seda anudados en torno a los cuellos desnudos:

—Aún no hemos ganado la partida. Pero la ganaremos. Yo, y conmigo mis hermanos de raza, lucharé hasta el triunfo. Ya falta poco.

En el sombrío bar de Menilmontant—donde Eda Wright pasa las tardes—, una verdadera muchedumbre de hombres oscuros rodea a esta madre infeliz que ha llegado a Europa en busca de un poco de justicia humana para salvar la vida de un hijo suyo y la libertad de otro.

Durante una semana entera ha hablado a los franceses, como antes habló a los alemanes y como mañana hablará, si ello le es posible, a los ingleses y a los españoles. La cordialidad y el humanitarismo de Europa ha puesto a su disposición no sólo las salas de reuniones públicas, sino los micrófonos de las emisiones de radio.

Eda Wright no habla más que inglés. Pero no importa. el patetismo de su lamento vence la dificultad de comprensión fonética de los espectadores. Su acento y sus actitudes nos imponen en las realidades de su dolor. Un amigo mío que la ha escuchado en París acaba de transmitirme la dramática impresión de aquellas palabras desconocidas.

La emoción no ha perdido, pues, ninguna de sus preeminencias. La emoción y el dolor, que es uno de sus orígenes—el más noble—, salta por encima de todos los obstáculos de la torre de Babel. Es inútil que nos obstinemos en luchar por destruirla. Igual ocurre con los abismos abiertos por los hombres entre las razas. La carne de las madres no tiene color. Los corazones son siempre rojos y el principio de todas las vidas es siempre blanco.

Si Eda, la madre oscura, viene a España, sabremos al fin que no todo es «jazz-band» bajo esas pieles del color de la noche.

GIL ALONSO

DECALOGO

DIEZ CONSEJOS A LAS MUCHACHAS CASADERAS

★ Para elegir novio, lo de menos es que éste se parezca a un determinado galán de "cine". Los galanes de "cine", por lo regular, dan mal resultado en la vida real.

★ En el consejo anterior, hemos hablado de "elegir" novio y no de "aceptar" novio. ¡Ya ves si concedemos importancia a tu libertad para escoger al que ha de ser tu compañero de por vida! No aceptes: escoge.

★ Recata tu cuerpo, tanto como la honestidad, pero no la gazmoñería, exige. Mas no ocultes tu espíritu, en absoluto. Preséntalo tal cual sea, en su racional "desnudismo" del alma. ¡Qué el marido no se sorprenda ante lo que se ocultó al novio!...

★ La misión de tu abuela, "terminó", seguramente, el día de su boda. El día de tu boda comenzará, en cambio, tu misión. Tenlo presente.

★ Todas las doncellas de todas las novelas "blancas", se ruborizan en cuanto se saben, o se presienten, enamoradas. Tú no debes ruborizarte por el amor, sino que has de mirarlo cara a cara.

★ El amor, generalmente, es lo contrario de lo que dicen y de lo que callan las novelas "blancas". Por lo tanto, leyendo novelas "blancas", no aprenderás lo que es amor. El amor no se aprende en las novelas.

★ Procura encarnar en la realidad, para gloria de tus hijos, la figura ideal que, en tu amor de hija, has atribuido a tu madre, dotándola de todas las perfecciones espirituales.

★ Elimina de tu léxico la palabra "imposible", sobre todo cuando te refieras a la felicidad. Porque la felicidad es casi siempre obra de uno mismo.

★ No levantes los ojos al cielo, para mirar a la tierra. No "compliques" a la inmensidad divina, en tus ínfimos acontecimientos de criatura insignificante.

★ Educa a tus hijos, como quisieras que te hubieran educado a ti.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

AL REGRESAR DE JOINVILLE

DIEZ MINUTOS CON ANITA SEVILLA

TARAREO de un fandanguillo, pasillo adelante—claro, bruñido, tintineante, de cristal de Baccará—, hace exclamar al amigo que, conmigo, espera a la sevillanísima Anita:

—Ya está aquí.

E, inmediatamente, se llena la estancia de risa, de alegría, de color. Se entra por la puerta, con esta mujer que nos saluda, la sonrisa de Andalucía, la mirada superficial—y profunda, sin embargo—de la raza y ritmo sin par del sello fatalista y moruno con que, las razones de ambiente, marcan a los originarios del Andalucía.

Toda ella, toda esta Anita Sevilla, rezuma casticismo. Toda ella es una gran alegría natural, una copla. Movilidad, gracia, desenvoltura. Algo... Ese algo indescifrable y único que indica el trazo indeleble de una personalidad definida. Anita Sevilla, pues, cayendo en la manía del encasillamiento, del justiprecio, es la mujer hecha copla.

Y es más: es ductilidad fisiológica, que pasa de esta sonrisa—al parecer inacabable— a la seriedad expresiva, al rictus amargo, sin, casi, transición. Porque la copla andaluza es eso: alegría triste; emoción producida por la alegría intensa... Quiere decir que la risa de que está impregnada esta figurilla menuda de mujer, deja su paso al dolor hu-

mano o al sentimiento que lo produce — ¡mujer, al fin! — cuando el cronista cree oportuno, con sus palabras—para probar—, intercalar en la conversación una nota sentimental o trágica.

—En fin, Anita—le decimos—, ¿qué tal le ha ido por París?



—Muy bien, en todos sentidos. París me ha gustado mucho... Lo malo es el idioma... Yo fui allí, a Joinville, contratada por la Paramount, para impresionar unas películas.

—¿Habladas en español, claro?

—Nada de claro; mudas del todo.

—¿Y eso?

—No sé. Comprenda usted que yo no puedo tener opinión. Me contrataron, me pagaron... y la del humo...

—Y, ¿tiene que volver otra vez?

—No; por ahora no lo creo. En estos días estoy impresio-

nando tangos argentinos y unos discos de Pedro Puche para «La Voz de su Amo».

—¿El amo de Puche?

—No, señor. Eso es un chiste malo «der tó».

—Ya lo sabía. Los hombres malos no podemos hacer otra cosa. ¿Y después de los discos?

—Después tengo palabra de

na parte; artistas inmejorables; dinero; etc.

—Sí, Anita; pero hasta ahora, es triste confesarlo, pero es así, se ha fracasado casi siempre. ¿Motivos? Varios. Pobreza en los decorados, falta de propiedad, incapacidad directriz, penuria intelectual; muchas veces por erigirse en directores individuos audaces, sin otra preparación que esa: la audacia:

—Yo creo que esta vez se hará algo serio.

—Poco cuesta una esperanza más donde tantas se perdieron. Y diga, Anita, ¿usted solamente canta?

—También bailo. Pero mi fuerte es el cante... ¿Usted no me ha oído, verdad?

—Ponle un disco—tercia el amigo—.

—¡Hombre, eso es una herejía!—le interrumpo—. ¿Un disco a mí? ¿Colocarme un disco, teniendo delante al original?

—Tiene razón—aclara ella—. Le doy el disco y lo pone usted en su casa.

—Eso es un chiste «peor der tó», Anita—le digo, remendándola—. Usted canta, ahora mismo, pagando lo que sea, mientras no pase de treinta y cinco céntimos, que es la suma que en estos momentos tengo para mis vicios.

—Sobra dinero... cuando se trata de un amigo.

Ha surgido la copla andaluza, toda dolor, honda expresión de sentimiento, a pesar

SALON CATALUÑA, Hoy
GINA MANÉS

con GABRIEL GARBIO, en

LA AVENTURERA

Interesantísima visión de la vida de Circo, con sus intrigas, sus pasiones y sus peligros, y

JAQUE CATELAIN en

L'ENFANT DE L'AMOUR

Emocionante comedia sentimental, con

JEAN ANGELO y MARY GLORY

Dos producciones PATHE-NATAN, habladas en francés, de

Exclusivas ALMIRA

Puche de filmar algunas películas sonoras en unión de Imperio Argentina y Rafael Jalme.

—¿En España?

—Sí; Puche forma parte de una sociedad que se ha fundado para este fin, para el exclusivo fin de editar cintas de producción nacional, con artistas españoles.

—¡Ya era hora! ¡A ver si, de una vez, nos sacudimos esa dominación, esa invasión extranjera del cinema importado!

—Es lo que yo he dicho muchas veces. Si aquí lo tenemos todo; paisajes como en ningun-

VEA EN
URQUINAONA

La fiera
del mar

Nueva versión sonora por
JOHN BARRYMORE
y JOAN BENNETT

Edición Warner Bros

Exclusivas ALMIRA

En el CAPITOL

Podrán Vds. admirar DOS
formidables producciones

HOLLYWOOD CIUDAD DE ENSUEÑO

enteramente hablada y cantada en español, por

JOSÉ BOHR

NANCY DREXEL

LIA TORA

LA URRACA

por la más grande actriz norteamericana

MAY ROBSON

en el papel de la mujer más rica del mundo

Son dos películas UNIVERSAL

de que en este desgrane de timbre perfecto y fina modulación—no por ello menos castiza—no se rasga el oído con «er sementerío, la cársel ni er verdugo», que parece ser lo habitual y único cuando del cante flamenco se trata.

Y otra, por otro estilo. Y otra. Y otra más. Y en todas ellas, la privilegiada garganta trenza el ritmo maravilloso, con la emoción que se va adueñando de nosotros, casi profanos en este aspecto, pero que sentimos el arte, y nos embarga la emoción de lo bello, de cualquier manera que se nos presente.

... ..

Ya en la calle, nuestro amigo, hombre entendido en esta difícil trama de las escuelas y de los diferentes estilos del cante, nos dice:

—Esta muchacha vale mucho. Como artista y como «cantaora»...

—Y como mujer—agrego yo, siempre atento, en esto como en todo, a lo que antes decía de lo bello.

—Y como mujer—corroboro el amigo—

—Por todo ello, puede y debe triunfar, si hay lógica en el mundo.

PANTALLA de ESTRENOS

CAPITOL

«Tres de cara a Oriente»

Es un drama de espionaje durante la Gran Guerra; pero un drama en el que se huye de las escenas bélicas, tan vistas y manoseadas para situar la acción en un plano menos vulgar y más interesante.

«Tres de cara a Oriente» sin ser una producción excepcional merece ser aceptada

—Y poco hemos de vivir, para no verlo—termina el hombre, que, como buen andaluz, es un rato largo refranero y tal.

... ..

La ciudad, la gran ciudad que es Barcelona, alberga en una de sus cien mil y pico de casas—un pico largo, seguramente (odio a la estadística)—una mujercita menuda, grácil, que puede convertirse, que se convertirá, seguramente, en una «vedette» del cinema español que aún está por hacer, que aún no ha nacido, mejor dicho,

E. M.

como buena, ya que al acierto técnico de su director Roy del Ruth, se une la labor acertada de sus principales intérpretes Constance Bennett y Erich von Stroheim.

Dicha película que lleva el sello de la Warner Bros, ha sido distribuida por Cinematográfica Almira.

FEMINA

«Burbujas de champán» y «La horda argentada»

La primera es una comedia frívola, moderna y sugestiva que atrae más que nada por el lujo de sus escenas, siendo de justicia anotar la presentación tan fastuosa que se hace para reconstruir el baile de un carnaval en Berlín.

Respecto a la interpretación, diremos que es admirable por parte de sus principales intérpretes, destacando en primer término la labor de Nora Gregor en su rol de «Renée» y la del galán cuyo nombre sentimos no recordar; pero que en realidad anula la labor de Harry Liedtke en su papel de «Werner», por cuanto no pasa de ser discreto.

Sin embargo en «La horda argentada», pueden admirarse con más entusiasmo las escenas de recio tipismo que tienen su principal desarrollo en Alaska. El drama en sí es hermoso. Tiene una parte que pudiéramos llamar documental y otra argumental. Es decir la que nos hace seguir con curiosidad todos los preparativos e incidentes que se llevan a cabo para la pesca del salmón, así como también cuando el pescado es ya pescado por las máquinas que lo distribuyen y enlatan debidamente y la que nos traslada a la vida íntima de el drama que viven sus protagonistas ya que tras una serie de inquietudes y sufrimientos llegan a reconocer la verdad de sus respectivos valores personales.

Evelyn Brent, Luis Wolheim y Joel Mc. Crea, imprimen en su trabajo gran emotividad, respondiendo cada cual con su figura a los diferentes «roles» que protagonizan.

«Burbujas de champán», editada por May-Film, ha sido distribuida por Cineaes, como también «La horda argentada» que pertenece a la Radio Pictures,

SENY

FABRICANTES
DE CARCAJADAS
Stan Laurel
Y
Oliver Hardy

HACE ya tiempo que ambos «clowns» del cinema sacaron la patente de tales. El llorón de Stan y el gordiflón Hardy, puede decirse que son dos artistas en uno. Mejor dicho, el anverso y reverso de un mismo arte.

Stan es el hombrecillo débil que siempre se queja o frunce las cejas para decir cualquier gansada; parpadea cual si padeciera de sueño y tuerce además la boca para luego llenarla de lágrimas. No así su compañero que presume de caballero educado y mundano. El riñe suavemente a Stan cuando se equivoca en alguna cosa o bien se desespera cuando ve, por ejemplo, que una de sus piernas se enreda en el vestido de una dama.

Ambos se entienden perfectamente, tan perfectamente, que no serían nada el uno sin el otro. Prueba de ello es que cuando Stan trabajó en películas sin el auxilio de su compañero, fracasó lamentablemente. Sin duda—a todas luces demostrado — que la gracia de Hardy es el complemento de la de Stan.

Stan «el llorón», representa la fuerza del sentimentalismo que da cima a los trucos regocijantes e ideados por el «puntilloso» Oliver.

Casi todas las comedias realizadas por estos dos artistas están basadas en hechos vulgares de la vida cotidiana. Los temas que emplean para obtener carcajadas, son inventados a medida que se rueda la película, y, una vez proyectada ésta, tienen el humor de ir contando las carcajadas que obtiene. Si son menos de las que ellos han calculado es que algo no está bien en ella y vuelven a empezar el trabajo.

Hace escasamente siete años que estos modernos fabricantes de carcajadas danzaban de un lado a otro del estudio de Hal Roach sin saber qué hacer. Es decir, haciendo de todo lo que les mandaban, principalmente Stan que fué el primero que encontró trabajo en dicho estudio. Antes había figurado en la compañía de cómicos de Fred Carno, donde actuó como sustituto de Charlot. Pero fracasó la compañía en los Estados Unidos y regresó, a Ingla-



terra, llevándose dos miembros nuevos: Stan Laurel y Charles Chaplín. Este se dedicó a probar fortuna en el entonces inexplorado campo de la cinematografía y el otro continuó representando revistas y pantomimas musicales hasta lograr acercarse a Hal Roach.

No así la suerte de Oliver Hardy, prototipo del tragaldabas, que para dar cima a sus ilusiones hubo de tropezar con la oposición enérgica de sus padres que querían hacer de él un hombre de carrera. Cursó estudios en Atlanta, lugar de su nacimiento, y a duras

penas trató de hacerse abogada. Pero el descomunal Oliver no se avenía de ninguna manera con los libros de jurisprudencia y menos con las salas del Tribunal, puesto que decidió abandonar definitivamente su carrera y lanzarse a vagabundear por el mundo.

Oliver tenía entonces sed de pirata o inventor; pero, como dice el refrán, el hombre propone y Dios dispone. Así es que nada extraño era que se torcieran sus inclinaciones y se viera de la noche a la ma-

ñana haciendo papeles de «villano» en el mismo estudio que se hallaba Stan. Allí fué precisamente donde conoció al compañero de éxitos y fatigas, hace ya diez y nueve años. Se hicieron ambos prontamente amigos y juntos solían aparecer en algunas comedias. De ahí que sus directores se fijaran en ellos, asignándoles más tarde el título de «estrellas». Cuando aconteció semejante «ceremonia» ya la feliz pareja había demostrado plenamente su gran comicidad y se encendía sus nombres en las fachadas de los cinematógrafos con luces de colores.

En la actualidad dichos artistas son los preferidos del público por su clownesca comicidad y por sus inimitables trucos. Entre las películas filmadas por estos bufos del cinema destacan las habladas en español «Noche de duendes», «Ladrones» y «Politiquerías» y otras asimismo mudas, cuyos títulos ahora no recuerdo.

Manuel P. de SOMACARRERA

LOS TEATROS DE BARCELONA

ESTRENOS Y ACTUACIONES

LA semana teatral, ha sido en Barcelona, bastante movida, aunque no han estado en relación los éxitos con el número de obras estrenadas. De éstas, la que más ha llenado el gusto del público, ha sido «Anacleto se divorcia», comedia de Muñoz Seca y Pérez Fernández, que ha presentado en el teatro Barcelona, la compañía de Arturo Serrano,

Y es que, en los tiempos que corremos, la gente va al teatro, para olvidar los malos ratos que ocasionan los sinsabores y luchas de la vida y por la vida, y si encuentra en él distracción y alegría, dá por bien empleado el dinero que le cuestan las localidades y las tres horas pasadas en plena euforia, en perenne hilaridad, en completa satisfacción.

No sabemos si a esto se limitó la aspiración de los saladísimos autores. Es posible que sí; aunque cabe la duda.

En lo que no puede existir la menor vacilación es en afirmar que, si como se propusieron hacer destornillar de risa al público, y lo logran. pretendieron escribir una honda y mordaz sátira contra el divorcio principalmente — y de camino contra otras intranquilidades candentes sociales — las flechas les rebotan despuntadas, puesto que sólo consiguen poner de manifiesto la inocuidad de la ley del divorcio y su carencia de acidez, corrosiva en la familia, cuando, como en el conflicto «Anacleto-Baldomera», une a los cónyuges, afecto profundo, compenetración, y no existen causas que aconsejen la separación: un

medicamento heroico, en fin, que a nadie se le ocurre inyectarlo sin necesitarlo.

Pero, esto aparte, «Anacleto se divorcia» es una comedia en que intervienen personajes que no carecen de originalidad y que tienen marcada realidad; aunque con la tendencia al recalcamiento de los trazos que caracteriza la manera de hacer de los dos Pedros; Muñoz y Fernández.

El público no cesa de reír las situaciones cómicas y el diálogo fácil y chispeante arde en un rehillete desde la primera escena a la última.

Las huestes artísticas que acaudilla Arturo Serrano tratan la obra con el cariño de las cosas que se hacen a gusto.

María Brú en el papel de «Baldomera» y José Isbert en el del protagonista «Anacleto», rayan a una altura insuperable. Lo mismo y encarnando a «Juncosa», el personaje de más intensa comicidad de la comedia, Alfonso Tudela.

Julia Lajos, Manuel Collado y Manrique, bien; pero con menos ocasión de lucirse, por ser papeles los suyos más desvahidos y manoseados.

Lo mismo se puede decir de la señora Santaularia y del señor Valero.

Isabelita Garces «hace» una criadita andaluza como para no hablar mal en la vida del «servicio doméstico».

Los dos estrenos del Goya, «Diez minutos en auto», adaptación de López de la Hera y Martí Alonso—en cuya obra se distinguieron Juan Bonafé y Mercedes Mireya—, y «La dama de las pieles», de Emilio

Hernández del Pino, de la que hizo una admirable creación Eugenia Zuffoli, tuvieron buena acogida, pero no satisficieron del todo el interés del público.

Después de esto, no hay que anotar más que en el Novedades continúan con creciente éxito las representaciones de «Luisa Fernanda», obra lírica que ha tenido la virtud de atraer extraordinaria concurrencia al citado teatro; y que lo mismo ocurre en el Romea con «Angélica Grelot, estrella de moda», comedia divertidísima que cada día gusta más

y resulta mejor interpretada. En el Nuevo ha debutado una Compañía de «arte frívolo», en la que figura Amparo Saus, estrenándose «Los Caracoles», del maestro Guerrero, y en el Victoria se ha celebrado el beneficio de la simpática Pepita Huertas, que resultó un acontecimiento, y se ha estrenado «Las pistoleiras» y «¡Viva la República!», que entretienen a la concurrencia.

Y no ha dado más de sí la semana en los teatros de Barcelona.

C. F.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

— INSERTE SUS
ANUNCIOS EN

LA CALLE

Y PROGRESARA
SU COMERCIO

CONCURSO
25.000 PESETAS
DE PREMIOS

SE	LA	DO
MA	LE	LLA
TO	VI	CA

En estas casillas se encuentra, combinado por sílabas el nombre de tres grandes ciudades españolas.

Si usted puede encontrar el nombre de las tres ciudades, envíe la solución de este concurso adjuntando un sobre con su nombre y dirección, a fin de poder contestarle el resultado.

Conformándose a las condiciones de la carta que le mandaremos, usted podrá, eventualmente, obtener un premio completamente gratis.

Escribid: PALMA, 99, Boulevard Auguste Blanqui, PARIS (13º)
—(FRANCIA). Ref. N.º 9.

EL FARO

HOSPITAL, 127

TELEFONO 18241

ALMACENES DE SASTRERIA
A MEDIDA Y ROPAS CONFEC-
CIONADAS PARA CABALLERO Y
NIÑOS, A PRECIOS MUY BARATOS

Mundo Cinegrá- fico

Una bella escena del film de la Uni-
versal «Hollywood, ciudad de ensue-
ño», cuyos protagonistas son José
Bohr y Nancy Dredel



Joan Bennett, Lloyd Hugues y John
Barrymore, en la versión sonora de
«Las exclusivas Almira», «La
fiera del mar»